

AÑO II.

Madrid, 1.º de Marzo de 1877.

NÚM. 7.º

DIRECTOR:  
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:  
San Pedro, 1, segundo.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año..... 20 pesetas.  
Seis meses..... 11 »  
Tres..... 6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año..... 25 francos.  
Seis meses..... 14 »  
Tres..... 8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año..... 8 pesos fuertes.  
Seis meses..... 4.50 »  
Tres..... 2.50 »

ADMINISTRACION:

CARRETAS, 12, PRINCIPAL, MADRID.

á donde se dirijirán los pedidos  
de suscripciones.

SUMARIO.

El verano. Apuntes para un artículo, por el Barón de Córtes.—El Comendador Mendoza, por D. J. Valera.—La Pêche, por M.—Caballos, por el Sr. D. de Veragua.—Escenas andaluzas, por Doña Patrocinio de Biedma.—Riñas de Gallos, por D. A. Gimenez P. de Vargas.—Bibliografía.—Noticias generales.—Noticias de la Sociedad: de Madrid.—Floricultura.—Tiro de pichon de Madrid.—Mercado de Madrid.—Cuadrado de palabras.—Anuncios.

EL VERANEO.

APUNTES PARA UN ARTICULO.

La aparición en el estadio de la prensa del periódico EL CAMPO, cuya noble tendencia considero de la más alta importancia, me ha movido á decir algo sobre lo que, en mi pobre juicio, entiendo que debía ser, para que no pueda repetir sin injusticia el ilustrado Director de los *Línes de El Imparcial*, en sus chispeantes críticas, que el objeto principal del periódico parecé ser el *organizar, fomentar é ilustrar* las aficiones de los madrileños á la caza, la pesca y la equitación. Teme *El Lunático* que sea periódico de salones y de tocador, y que no sea el campo, sino la ciudad.

No me contrista ese temor; los nombres ilustres de sus redactores son segura garantía de que esta publicación será lo que debe ser, lo que su título indica, lo que el país y la sociedad exigen que sea.

¿Y es acaso un mal que la justa fama de los literatos que firman sus artículos lleve este periódico á nuestros salones, y hasta al tocador de nuestras damas más distinguidas y bellas? No, al contrario; así como los sermones de los misioneros no son necesarios á las pocas personas beatas y místicas que los escuchan en las iglesias, y serian muy útiles á los que las frecuentamos poco, y pasamos la vida de diversion en diversion, de fiesta en fiesta, con más ó ménos perjuicio de la salvacion de nuestras almas, así los artículos del elegante periódico no son necesarios á los campesinos; pero es muy conveniente que, envueltos en frases bellas y poéticas, vayan infiltrándose dulcemente y poco á poco en el buen sentido de las damas que no conocen lo que es la verdadera, agradable y utilísima vida del campo, y que se horrorizan al pensar que en él sólo se encuentran toscos labradores, habitaciones incómodas, bichos venenosos y ninguna sociedad ni distraccion.

Muchos son los que en las ciudades piensan así, y por eso cuando llegan los meses de calor, y el de

Madrid se hace insoportable, pocas son las familias que se atreven, arrojando el anatema de la moda, á marcharse á sus posesiones, por buenas, ricas y frescas que sean, y la gran mayoría de nuestra sociedad deja que sigan en olvido y abandono las antiguas é históricas moradas de sus antepasados, sus tierras fértiles, hoy perdidas por falta de la benéfica mirada de sus dueños, cuyos colonos nacen, viven y mueren sin haber conocido á sus señores, los cuales en vez de ser reyes en sus estados y Providencia de sus habitantes, llevándoles trabajo y consuelo, disfrutando allí de una vida tan agradable como conveniente al aumento de sus fincas, prefieren marcharse á las playas de Biarritz, gastando un caudal en aquellos hoteles, para sufrir en ellos todo género de molestias.

¿Y por qué?... ¡Biarritz!! nombre que nuestras bellas madrileñas pronuncian siempre con la boca chiquita y con su voz más dulce.... ¡Biarritz!!!

A vosotras, mis bellísimas y queridas amigas, tengo la audacia de dirigir estos renglones, tan prosaicos y desaliñados, como llenos de toda mi simpatía, admiracion y buen deseo: escuchadme un momento; seré muy breve.

I.

La vida de la alta sociedad madrileña no es del todo mala; casi se podría decir que era buena, si no fuera tan monótona, si los dias no fueran tan iguales unos á otros: una vueltecita en coche por el Parque, y por la noche al teatro á primera hora á ver el *estreno* de *Norma*, ó el *debut* del nuevo tenor Tamberlick; concluida la funcion, un rato al Juéves de la Duquesa de R., ó al Mártes de los Condes de H., y cuando llega el tiempo de los hielos y nieves, fuera ropa, vestido escotado, y cada noche á un baile, eso la noche que no son dos ó tres los que hay que correr para cumplir.

Y la verdad.... ¿se divierten ustedes mucho en esa vida, sobre todo cuando á esas fiestas y reuniones se lleva vacío el corazón y amortiguada la esperanza del bien futuro? Yo veo algunas noches á las más bellas, á las más elegantes, aburridas y fatigadas por las obligatorias galanterías de cien Tenorios de oficio, dedicarse al triste recurso de los viejos, á jugar al tresillo: imposible parece, pero es verdad; ¿y esto qué prueba? Que en las tertulias obligadas y demasiado repetidas se fastidian ustedes soberanamente; por eso es muy natural que, cansadas de esa vida, en cuanto llega el mes de

Mayo y los trajes de invierno se han ido poniendo mustios, y los de baile están ya hechos jirones á fuerza de polquear, es natural, repito, el deseo de variar de vida, y con ese deseo sale la frase sacramental, que al escucharla tiembla de piés á cabeza el pobre padre de familia; tiembla, sí, y razón tiene para temblar, por valiente y rico que sea.

—Papá, dice la niña mayor amaestrada por la mamá; papá mio, tenemos encima el verano; dentro de poco no quedará un alma en Madrid; danos dinero para ir preparando las *toilettes* de verano y de viaje, y á ver si nos encargas con tiempo mejores habitaciones en Biarritz....

—Sí, Juanito, añade la mamá; Sofia tiene razón; tenemos que hacernos aquí mucha ropa, y encargar alguna á Worts; estamos tus cinco hijas y yo que... materialmente no tenemos qué ponernos; todo el equipaje de invierno.... dió fin.

Y el pobre y desdichado Juanito.... no llora; le han hecho ya gastar tanto y tanto, que hasta sus lagrimas gastó, y ni una sola le queda para un caso como este.

Los papás, del temple de Juanito, callan y sufren y pagan, porque saben que es inútil; se dejaron usurpar sus derechos, su voluntad y su voto, y no se atreven ya á rechistar ni discutir, y, lo dicho, el 20 de Junio llega aquella feliz familia á Biarritz...., poca gente: los papás, el señorito, cinco hijas; amén de la indispensable *miss*, mueble de lujo, de cuya inutilidad no puede prescindir ninguna familia que estime en algo el *¡qué dirán!* Y con esta gente, tres doncellas y dos criados, se presenta el desdichado gran papá al fondista de....

—Señor, dice el buen gabacho; tenía reservada la habitación mejor, *única* que queda en el principal, para el Principe de.... Monte-Cresta....; pero tratándose de S. E., no hay cuestion, pasen vuecencias adelante.

—Diga V., balbucea tímidamente el buen señor....; ¿y el precio?

—Juanito: ¡¡Papá, qué cosas tienes!!—exclaman madre é hijas....—*Entrez, madame la Marquise; entrez*—dice el fondista con sonrisa compasiva y benévola hácia el jefe de la familia, la cual queda instalada sin otras explicaciones. Más tarde se entera papá Juanito.... de que la habitación del principal y la comida de las quince personas no le cuesta más que á cuatro duros *chaque*, ó sean sesenta diarios, ó 1.800 al mes, ¡ó sea en los cuatro meses 140.400 reales de vellón! Esto, aparte de los extraordinarios, propinas, coches, viajes á Bayona,

caprichos, etc., etc., etc., y amén del *vestuario* que contienen los diez y siete mundos que han venido llenos de vestidos y sombreros, y de media docena más que se esperan de París. En cuanto papá Juanito se entera del presupuesto, suspira, echa sus cuentas, y lleno de sábia reflexión se calma, calculando que puede gozar de aquello tranquila y descansadamente, puesto que de todos modos lo que ya debe no lo podía pagar en toda su vida.

Pero ¿qué importa el gasto ni los apuros de papá, ni la ruina de la casa, si las niñas y mamá se divierten tanto?... ¡Biarritz, ya están en Biarritz! ¡Qué placer vestirse tres trajes cada día! ¡Qué tenderete de mundos y trapos en el salón! Y al puerto Viejo vamos, y del puerto Viejo venimos, y al puerto volvemos luego; allí encontramos á los compañeros de viaje.... ¡qué sosos! Y los amigos que veíamos todos los días en Madrid.... ¡qué pesados! Pero ¿y el mar? Verdad es que en el puerto Viejo está el agua parada y sucia; pero aquello es lo elegante; es cursi ir á la playa de los bobos ó de los locos.

Pero, ¿y el baño? ¡Oh! ¡Los baños! ¡Los baños en Biarritz!... ¡También hice un viajecillo á Biarritz! Tenía yo una pasión medianejamente criminal.... ¡Qué mujer! No podía vivir sin verla, y en Madrid la perseguía día y noche; mirarla siempre, no perderla de vista, esa era mi existencia, mi única felicidad. Nada más; no pasó la cosa á mayores; pero mirarla....; para eso me faltaban horas. Se marchó á Biarritz...., y allá fui yo; en el camino me coloqué en su mismo compartimiento, y sólo dejé de mirarla un momento en que se me coló en el ojo una chispa de la máquina, y lloré á más y mejor; pero entre lágrimas y restregon.... miradita.

Llegamos á Biarritz...., y llegó la hora del baño; me parecía poco tener dos ojos; llevé gemelos de gran fuerza y aumento; me coloqué cerca del agua; por allí debía entrar al Océano ¡Feliz Océano! ¡Quién fuera Neptuno, ó al menos pudiera convertirse en pez!

Allí viene... ya pasa.... ya entra.... La emoción no me dejó.... reflexionar....: pasó como un meteoro.... pero salió....: ¡pasó por delante de mí... ¡Oh asombro de mis ojos!... El traje era... verdaderamente de baño, perfecto, no dejaba nada que desear.... ¡Qué codos! ¡Qué rodillas! ¡Qué picos! ¡Qué puntas!

Al día siguiente, á la misma hora, estaba yo á setenta y dos leguas justas de aquella playa; no se habría vestido todavía mi puntiaguda bañista, cuando yo me metía en el tren, camino de Madrid.

Dejé á mi criado para que pagara la fonda y recogiese la ropa, y me contó luego una conversacion que escuchó en el vestíbulo de la fonda, mientras, medio dormido en un banco, esperaba la hora del tren. Fué como sigue:

—¿Qué tal, hijas mías, os habeis divertido?

—No, papá; un aburrimiento: no había nadie.

—¿Cómo nadie?

—Es decir, la gente de Madrid que estamos cansadas de ver.

—Y tú, pollo, ¿lo pasas mejor?

—Yo, querido papaito, lo que necesito es que me des más dinero; ¡ese maldito *bacarrá* consume tanto!

—Pues no juegues.

—No hay otro remedio, papá; aquí se aburre uno soberanamente; no hay nada que hacer, y para matar el tiempo, tiene uno que jugar, y cuando se pierde no es divertido.

—Lo peor de todo, dijo la más jóven de las hermanas, es lo mal alojadas que estamos; los cuartos son muy pequeños; no caben los mundos; toda la ropa tirada por encima de las sillas; no tenemos sitio para revolvernos ni vestarnos, y luego ese olor de los guisotes de la cocina que viene por el pasillo... Esto es detestable, papá; fatal.

—Pero, hijos míos, podeis consolaros al pensar que todos esos fastidios y molestias no nos cuestan más que unos ocho ó diez mil duros cada temporada; es verdad que si hubiéramos pasado los veranos en alguna de nuestras grandes posesiones de Navarra ó Cataluña hubiéramos estado allí alojados como príncipes, en aquellos grandes caserones donde nacieron y murieron muchos de nuestros antepasados, cuyos retratos cubren las paredes de las estancias; lo hubiéramos pasado muy bien, y empleado allá en plantaciones de viñas y olivares

lo que aquí hemos derrochado. ¡Qué mejoras! ¡Qué aumento en nuestras rentas! ¡Qué dotes para vosotras! Tendriais los novios á docenas.

—¡Novios!, dijo la mamá; eso se acabó; es un mito; ya no hay novios.

—Ya lo creo, hijas mías; ¿qué muchacho de mediano juicio se atreve á casarse con una niña que no puede vivir sin estos viajes obligatorios, tan carísimos como estúpidamente tontos? Porque, hijas mías, comprendo hacer un viaje nuevo cada año, y recorrer así todo el mundo; ¡pero arruinar las casas para venir todos los años á Biarritz!

Mustia y triste, según mi criado, entró á comer aquella familia, y Sofía decía en voz baja á su mamá: «El día ha sido fastidioso; ni por la mañana, ni por la tarde, nos han dicho nada agradable en la playa; ahora el sermoncito de papá.... ¡Qué vida! Vamos á comer deprisa, y á vestarnos al momento, á ver si esta noche en el Casino nos dicen algo de bueno.»

Dejemos á esta familia feliz gozando de aquellas delicias, mientras yo os enseño el reverso de la medalla, mientras trato de contaros, sin pretensiones ni frases poéticas, lo que es la vida del campo, sencilla, y tal cual yo he tenido la dicha de pasarla largas temporadas por espacio de muchos años.

En un librito que he tenido el atrevimiento de dar á luz hace poco, sobre caza, decía yo que no me gusta hablar de cosas ni países que no he visto ni conozco bien, y por esta misma razón no puedo hablaros, ni siquiera del modelo de posesiones forestales, que tan cerca de Madrid constituyen el paraíso, donde pasa los veranos y largas temporadas la tan bella como distinguida Duquesa de Medinaceli.

Díganme ustedes, señoritas, queridas enemigas mías (que no me han de querer, sino muy mal, las que tengan la paciencia de escuchar lo que voy diciendo).... ¿Dónde, cuándo ni cómo en todos sus largos viajes á Biarritz, Baden ó Spá, ha podido encontrar ninguna de ustedes, ni por sueños, una satisfacción igual ó parecida á la que tiene hoy la indicada Duquesa, logrando, como fruto de las visitas á sus Estados, y de su talento y afición á mejorarlos, el haber enaltecido los timbres ilustres de su casa con cuatro premios, adjudicados á sus merecimientos en la gran Exposición de Filadelfia por los ricos productos resinosos obtenidos en sus posesiones, que hoy, para gloria de esta distinguida señora, son para nuestra patria un modelo de selvicultura?

Pero repito que no me atrevo á ponderar la agradable vida que pasan los grandes y ricos propietarios en sus posesiones, y el cúmulo de beneficios que dispensan á sus colonos, y el engrandecimiento de sus casas, porque sólo de lo que conozco mucho me atrevo á hablar, relatando prosaicamente lo que he visto y practicado.

## II.

Allá en las risueñas playas del Mediodía hay un delicioso rincón de fértiles huertas, á media legua de la ciudad de Alicante; rincón delicioso, digo, alegre y pintoresco, poblado de palacios antiguos y modernos, y de preciosas casas de campo donde van á pasar los meses de verano las familias más distinguidas de aquella ciudad y muchos propietarios que acuden desde la Corte á disfrutar de las frescas brisas del Mediterráneo, que lame y acaricia las tapias de sus jardines, cuyas flores embalsaman el ambiente, y cuyas palmeras suben altivas hasta cerca de las nubes, meciedo gallardas y esbeltas al suave soplo del viento los grandes racimos de su dorado fruto.

Allí, en aquella feliz y pacífica comarca, tenía yo una heredad, para mí desconocida por muchos años, situada muy cerca del mar. En una pequeña colina existía, cuando fui por primera vez con mi familia, una casita pequeña, donde habitaba uno de los colonos, y tanto nos encantó á mi mujer, á mis hijas y á mí la pintoresca posición de aquella vivienda diminuta, y la vida alegre, agradable y económica que disfrutaban todos los felices habitantes de los vecinos palacios y caseríos, tan grato recibimiento les merecimos, tanto nos alegró la franca amistad que nos dispensaron, y su cariñoso trato, que decidimos, por unanimidad, convertir la pequeña casa en otra algo más confortable, aunque modestísima, que en poco tiempo, y por muy poco

dinero, nos construyeron, la cual, como todas las viviendas tienen allí su nombre propio, en recuerdo de un hermoso árbol, se llamó *La Casa del Pino*.

En ella hemos pasado los veranos por espacio de diez ó doce años seguidos, y aseguro que han sido las temporadas más felices y alegres de mi vida; y esto que yo digo lo repiten cada día mi mujer, mis hijos y los huéspedes que nos favorecían. ¡Cómo recuerdo y comparo nuestra llegada de todos los años al Pino, con la del desdichado papá Juanito á la fonda de Biarritz!

En vez de la arenga despiadada y del presupuesto del fondista, salía á recibirnos el honrado y viejo Juan, padre de una doncella de mi mujer, que entró á servirla cuando tenía nueve años, y sigue en nuestra casa hoy que cuenta veintiseis. Aquel buen Labrador, con las lágrimas de gozo en sus ojos y el sombrero en la mano, nos decía: «Bien venidos sean los señores; todo en la casa está corriente y limpio, y mi mujer, mis hijos y yo buenos y contentos por la llegada de nuestros amos, y dispuestos á servirlos: todos los jornaleros que ganan el pan para sus familias trabajando todo el año en esta hacienda, están muy alegres por la llegada de sus bienhechores, esperando su permiso para venir á saludarles. Señora: con la lana de las ovejas que se mantienen en el cercado ha hecho mi mujer muchos y blandos colchones, por si este año nos llegan más huéspedes; con los blanquíssimos y tiernos corderillos tiene la señora un recurso para los días en que de repente vienen gentes á comer; entre las lluecas y mi Teresa han criado centenares de tiernos pollos que pueblan los gallineros y recorren el campo de día; el palomar está lleno de pichones; los árboles se doblan al peso de la fruta; las uvas de Gijona y de planta van ya tomando color; de la cosecha última he llenado las doscientas botellas que se vaciaron el año pasado, y los vinos de lágrima y fondello creo han de satisfacer á los más exigentes. El señor tiene para divertirse muchas codornices en las siembras, y en el cercado una plaga de conejos y algunos bandos de pollitos de perdiz.... ¡Demos gracias á Dios que nos ha reunido una vez más en esta casa bendecida por su santa mano!...»

El pobre viejo diciendo esto se empeñaba en besar las nuestras. Un afectuoso abrazo mio pagaba todos los cariños y afanes de aquel buen hombre.

Y aquí empiezo á relatar lo que es la vida, tan agradable como sencilla y económica, que se disfruta en el campo:

Me levantaba al rayar el día, y despertando, no sin dificultad, á mis dos hijos queridos, Pascual y Carlos, tomábamos las escopetas y nos íbamos á buscar las codornices por los sembrados y por los eriales de la orilla del mar; algunos días subíamos al cercado á matar unos conejillos para comerlos en gazpacho de pastor. Estas pequeñas excursiones matinales eran muy agradables para los tres: yo no estaba viejo aún, y mis hijos, ya hombres, me trataban y me siguen tratando con todo el respeto y atención que pueda desear un padre, pero con toda la confianza y franca cordialidad del más cariñoso amigo: así es que pasábamos aquellas mañanitas muy divertidas, dándonos yo lecciones prácticas de cazar, y riéndonos los tres de sus chambonadas.

A las siete, cuando ya el sol principia á calentar, volvíamos al Pino con más ó menos trofeos, según la fortuna y puntería; pero si nuestras caras volvían alegres y satisfechas, no lo estaban ménos las de mi mujer y mis hijas, que nos esperaban en el bosquecillo inmediato á la casa, y que al vernos venir habían pedido el chocolate, que encontrábamos ya servido para toda la familia, con acompañamiento de un canastillo de deliciosos higos acabados de coger del árbol por mis hijas con tanto cuidado, que sus delicadas manos no habían despojado á la rica fruta de la brillantes y cristalinas perlas con que el rocío las adornara. Concluido el desayuno, mi hijo Pascual, que es un gran tocador de cítara, amenizaba el festín con las más alegres piezas de su repertorio. Aquel desayuno al aire libre y aquella reunión íntima, en la que para las seis personas parecía no existir más que una sola alma, hubiera sido siempre interminable, á no complicarse con la fuerza del sol, que nos hacía retirar á nuestra casita.

Desde las ocho, hasta la hora de almorzar, hacíamos cada uno nuestros arreglos personales, y

leyendo, escribiendo, ó pintando se pasaba el tiempo sin sentirlo. Despues del almuerzo, como todos habiamos madrugado, soliamos propinarnos una siestecilla, no muy larga; pues desde media tarde, y animados por la fuerte y fresca brisa, principia ya en aquella pobladísima comarca el movimiento de coches y visitas, y el recorrer é inspeccionar cada propietario sus cuadrillas de trabajadores, tanto en las faenas agrícolas, como en la construcción de bodegas, lagares, ó casas nuevas, cuya edificación crece allí todos los años pasmosamente.

Una de las cosas que más complacia á mis hijos era marcharse á las cuatro de la tarde al tajo donde la gran cuadrilla de jornaleros hacía hoyos para plantar á su tiempo algarrobos ú olivos; mandaban hacer un alto y descanso de un cuarto de hora, durante el cual obsequiaban á los trabajadores con sendos tragos de una bota que mis chicos mandaban sacar de la bodega, y con alguna cajetilla de cigarros, y allí confundidos señoritos y gañanes en alegre y franca conversacion, habia cuentos y ocurrencias á más y mejor: pasado ese buen rato, los trabajadores volvian alegres y con nueva fuerza á su faena, y los chicos se volvian hácia la casa para hacer la corte, como galantes caballeros, á las señoras que ya iban llegando al Pino..., ¡y cuidado si las habia hermosas! ¡De *primissimo cartello!*.... ¡Oh *tempora!* ¡Entónces apenas tenía yo algun cabello blanco! ¡Hoy apenas me queda alguno negro!

Por las noches la animacion crecia de punto; todos los bulliciosos habitantes de la comarca se reunian en alguna casa: un dia daban un gran baile los Duques de Uceda en su régio y pintoresco palacio de Musey, situado á la misma orilla del mar; otra noche recibian los Condes de Luna en su palacio de Romero; los Marqueses de Lendines daban frecuentes cenas bailables en su fantástica casa arabesca de Rumelia; recibian tambien con frecuencia los Marqueses de Benaltía; los señores de Bonanza en la Torre, ó en Plácida; los señores de Lacy en el Serení; los Barones de Finestrat en Capucho, y en fin, los dueños de las innumerables viviendas de aquel oasis, llamado *Huerta de Alicante*, todos ellos, á porfía se afanaban por recibir y obsequiar á sus amigos.

Y esto, bajo la base de la más completa franqueza. El lujo y los trajes de seda estaban terminantemente prohibidos; la batista y las telas más sencillas eran, con las flores naturales, la única *toilette* de las señoras, y nosotros no usábamos más que trajes de hilo y sombreros de paja. Únicamente en las cenas se permitia algo más de ornamentación. Todas las noches que no habia fiesta determinada se juntaba la colonia en el Pino; la razon es que nosotros habiamos construido un teatro, donde el público no tenía por techo más que el estrellado cielo, y dábamos una representación lo ménos cada semana.

La gente jóven de las citadas familias y de otras que por la brevedad no nombro, formaban parte de la Compañía de la *Escalinata*, que así se llamaba el teatro por separarlo del público varios escalones. Yo, en calidad de empresario, repartia los papeles y dirigia la escena; y como la falta de asistencia á los ensayos se castigaba con multas de dulces, las noches de ensayo se llenaba la casa de gente, porque rara era la familia en que no hubiera algunas actrices ó actores: los de verso ensayaban en el escenario, los zarzuelistas en el salon donde estaba el piano, y los concertantes y coros se oian en toda la huerta. En otra sala se armaban tres ó cuatro partidas de tresillo; en la explanada, y á la fresca, otro gran grupo de gente formal disputaba á gritos sobre el modo mejor de podar las vides, trasegar el vino y limpiar los almendros. Las mamás tenían bastante distraccion con ir detras de sus hijas y ver si ensayaban con cuidado y buen gusto. Terminados los ensayos, y como despedida, se organizaban para los dias siguientes partidas de campo y pesquerías, *al boliche* por la tarde, y con lanchas, luces y tridentes por la noche.

Aquella era una vida animadísima de broma en broma, de no parar de divertirse sin tregua ni descanso; allí si descansaba alguién era el bolsillo, pues como en todas esas diversiones no gastábamos una peseta, el dinero sólo servia para pagar á los jornaleros que trabajaban en mejorar nuestra hacienda.

Para que nada faltara á la broma, teniamos un

periódico titulado *La Chicharra*, porque sólo cantaba en el verano; se publicaba todos los lunes, todos éramos suscritores y redactores; y todo él se reducía á darnos mutuo incienso y bombo, á comentar las diversiones pasadas, y á inventar y proponer otras nuevas.

Renuncio á describir la broma, algazara, aplausos y alegría de las noches de funcion teatral; en primer término se colocaban las señoras en sillas que cada familia habia suministrado á la Empresa como único precio de abono; detras de las sillas, y separadas sólo por una débil barrera de cuerda, que todos respetaban, se colocaban las gentes de los pueblos y caseríos cercanos, que para todo el mundo estaban abiertas las puertas de aquel teatro y nunca faltaban localidades; allí de pié, y muy á su gusto, porque habia una pendiente y todos veian bien, se colocaban á veces miles de personas, entre las cuales no faltaban los criados y jornaleros de las casas cuyos señoritos trabajaban en la comedia; por lo tanto, habia partidos, y *clac*, y algazara, porque cada uno queria que su señorita fuera la mejor y más aplaudida: tambien solia suceder que, contagiados por el entusiasmo y alegría general, tomáran parte en las representaciones algunos sujetos formales, faltos, sin duda, de juicio, y con sobras de buen humor. Recuerdo de un buen señor que cantaba zarzuelas y hacía las delicias del público: no le gustaba el verso; su fuerte era el canto, porque desafinaba terriblemente, y á cada gallo que soltaba, la alegría, aplausos y broma eran universales: si alguna vez, por rara casualidad, no descarrilaba bastante, el público salia defraudado, no era del todo feliz. ¡Pobre señor! ¡Y él tan divertido y contento! ¡Qué bueno era, y cómo le queria yo!

Ya veis, lectoras mias, cómo la verdadera vida del campo no es tan desagradable ni sosa como vosotras pensais, y que casi, casi se puede comparar á la de Biarritz, dicho sea con perdon y sin herejía. ¡Y si viérais cuántos casamientos se arreglaban en aquellas económicas é inocentes diversiones! Allí empezaron los amores de la primera actriz del género cómico, que lo era mi hija Josefina, y se casó muy pronto con un segundo galan jóven, actor de gran mérito, el Baron de Finestrat, el chico más guapo y más buen mozo que ha paseado aquellas huertas y estos secanos de Madrid. ¡Cuán feliz fué aquella pareja!

Y aquí debo dar punto á este artículo: ¡Si siguiera escribiendo, mojaría la pluma en mis lágrimas; si, porque aquella hija querida, aquel angel de bondad y de gracia, mi pobre Josefina.... perdió la vida hace seis años al dársela á un hijo!

Desde esa fecha fatal no hemos vuelto, ni volveremos, á aquel país que fué nuestro paraíso, y que hoy lo veo en mi imaginacion cubierto de un inmenso crespon negro, que lo hace ante mis ojos triste y desolado! ¡Pobre hija mia! Si desde allá en el cielo, donde moras, se ve todo lo que aquí hacemos y pensamos; tú verás que ese velo negro que así cubrió de luto aquel país, como el corazon de tu pobre padre, durará lo que duren mis dias.

EL BARON DE CORTES.



EL COMENDADOR MENDOZA.

## XVI.

Cuando ocurrían los sucesos que vamos refiriendo, no habia tantas carreteras como ahora. Desde Villabermeja á la ciudad puede hoy irse en coche. Entónces sólo se iba á pié ó á caballo. El camino no era camino, sino vereda, abierta por las pisadas de los transeuntes racionales é irracionales. Cuando habia grandes lluvias, la vereda se hacía intransitable; era lo que llaman en Andalucía un camino real de perdices.

Poseia el Padre Jacinto una borrica modelo por lo grande, mansa y segura. En esta borrica iba y venía siempre, como un patriarca, desde Villabermeja á la ciudad y desde la ciudad á Villabermeja.

Un robusto lego le acompañaba á pié. En el viaje que hizo á la ciudad, al dia siguiente de su largo coloquio con el Comendador, le acompañó, á más del lego, un rústico seglar ó profano, para que cuidase de la corza.

Seguido, pues, de su lego, de la corza y del rústico, y caballero en su gigantesca borrica, el Padre Jacinto entró sano y salvo en la ciudad á las diez de la mañana. Como el convento de Santo Domingo está casi á la entrada, no tuvo el Padre que atravesar calles con aquel séquito. En el convento se apeó, y, apenas se reposó un poco, se dirigió á casa de D. Valentin Solis, ó más bien á casa de doña Blanca. El cuitado de D. Valentin se habia anulado de tal suerte, que nadie en el lugar llamaba á su casa la casa de D. Valentin. Sus viñas, sus olivares, sus huertas y sus cortijos, eran conocidos por de doña Blanca y no por suyos. Aquella anulacion marital no habia llegado, con todo, hasta el extremo de la de algunos maridos de Madrid, á quienes apenas los conoce nadie sino por sus mujeres, cuya notoriedad y cuya gloria se reflejan en ellos y los hacen conspicuos.

Pero dejemos á un lado ejemplos y comparaciones que pueden tomar ciertos visos y vislumbres de murmuracion, y sigamos al Padre Jacinto, y penetremos con él en casa de doña Blanca, donde tan difícil era entrar para el vulgo de los mortales.

Merced á la autoridad del reverendo, y siguiéndole invisibles, todas las puertas se nos franquean.

Ya estamos en el salon de doña Blanca. Clara borda á su lado. Don Valentin, á respetable distancia y sentado junto á una mesa, hace paciencias con una baraja. Don Casimiro habla con la señora de la casa y con su hija.

Los lectores conocen ya á D. Casimiro, como si dijéramos de fama, de nombre y hasta de apodo, pues no ignoran que para D. Carlos, Lucía, Clara y el Comendador, era *el viejo rabadan*. Veamos ahora si logramos hacer su corporal retrato.

Era alto, flaco de brazos y piernas y muy desarrollado de abdomen; de color trigüeño, poca barba que se afeitaba una vez á la semana, y los ojos verde-claros y un poquito bizcos. Tenía ya bastantes arrugas en la cara, y el vivo carmin de sus narices no armonizaba bien con la palidez de los carrillos. En su propia persona se notaba poco esmero y aseo; pero en el traje sí se descubrian el cuidado y la pulcritud que en la persona faltaban, lo cual denotaba desde luego que D. Casimiro más se cuidaba la ropa por ser ordenado, económico y aficionado á que las prendas durasen, que por amor á la limpieza. Iba vestido muy de hidalgo principal, si bien á la moda de hacía quince ó veinte años. Su casaca, su chupa, sus calzones y medias de seda, no tenían una mancha, y, si tenían alguna rotura, ésta se hallaba diestra y primorosamente zurcida. Gastaba peluca con polvos y coleta, y lucía muchos dijes en las cadenas de sendos relojes que llevaba en ambos bolsillos de la chupa. Su caja de tabaco, que él mostraba de continuo, pues no cesaba de tomar rapé, era un primor artístico, por los esmaltes y las piedras preciosas que le servian de adorno. Al hablar usaba D. Casimiro de cierta solemnidad y pausa muy entonada; pero su voz era ronca y desapacible, asegurándose provenir esto en parte de que no le desagradaba el aguardiente, y más aún de que, en su casa y despojado de las galas de novio ó de pretendiente amoroso, fumaba mucho tabaco negro.

La expresion de su semblante, sus modales y gestos, no eran antipáticos; eran insignificantes; salvo que no podía ménos de reconocerse por ellos en D. Casimiro á una persona de clase, aunque criada en un lugar.

Se advertía, por último, en todo su aspecto, que D. Casimiro debía de padecer no pocos achaques. Su mala salud le hacía parecer más viejo.

Dado á conocer así somera, y no favorablemente, por desgracia, podemos ya lisonjearnos de conocer á cuantas personas ocupaban la sala, cuando entró en ella el Padre Jacinto.

Doña Blanca, Clarita, D. Valentin y D. Casimiro, se levantaron para recibirle, y todos le besaron humildemente la mano. El Padre estuvo sonriente y amabilísimo con ellos; y á Clarita le dió, como si no fuese ya una mujer, como si fuese una niña de ocho años, y con la respetabilidad que setenta bien cumplidos le prestaban, dos palmaditas suaves en la fresca mejilla, diciéndole:

— ¡Bendito sea Dios, muchacha, que te ha hecho tan buena y tan hermosa!

— Su merced me favorece y me honra; contestó Clarita.

Doña Blanca se lamentó del mucho tiempo que el Padre había estado sin venir de Villabermeja, y todos le hicieron coro. Se trató de que el Padre tomase algo hasta la hora de comer, y el Padre no quiso tomar nada, salvo asiento cómodo. Desde su asiento habló de mil cosas con animada y alegre conversacion, resuelto á aguardar allí á que D. Casimiro se fuese y á que D. Valentin y doña Clara despejasen, para hablar á solas con doña Blanca.

Doña Blanca adivinó la intencion del fraile, entró en curiosidad, y pronto halló modo de despedir á D. Casimiro y de echar de la sala á D. Valentin y á Clarita.

Verificado ya el despejo, dijo doña Blanca:

— Supongo y espero que, despues de tan larga ausencia, honrará V. nuestra mesa comiendo hoy con nosotros.

El Padre Jacinto aceptó el convite y doña Blanca prosiguió:

— He creído advertir que estaba V. impaciente por hablarme á solas. Esto ha picado mi curiosidad. Todo lo que V. me dice ó puede decirme me inspira el mayor interes. Hable V., Padre.

— No eres lerda, hija mia, contestó éste. Nada se te escapa. En efecto, deseaba hablarte á solas. Y lo deseaba tanto, que dejo para despues de tu comida, que acepto gustoso, dejo para sobremesa, la aparicion de un objeto que traigo de presente á nuestra Clarita, y que le va á encantar. Figúrate que es una lindísima corza, tan mansa y doméstica que come en la mano y sigue como un perro. Pero vamos al caso: vamos á lo que tengo que decirte. Por Dios, que no te incomodes. Tú tienes el genio muy vivo, eres una pólvora.

— Es verdad: yo soy muy desgraciada, y los desgraciados no es fácil que estén de buen humor. Usted, sin embargo, no tiene derecho á quejarse del mio. ¿Cuándo estuve yo, desde que nos tratamos, desabrida y áspera con V.?

— Eso es muy verdad. Convendrías, con todo, en que yo no he dado motivo. Yo no soy como otros frailes que se meten á dar consejos que no les piden, y quieren gobernar lo temporal y lo eterno, y dirigirlo todo en cada casa donde entran. ¿No es así?

— Así es. Más bien tengo yo que lamentarme de que V. me aconseja poco.

— Pues hoy no te quejarás por ese lado. Tal vez te quejes de que te aconsejo mucho y de que me meto en camison de once varas.

— Eso nunca.

— Allá verémos. De todos modos, tengo disculpa. Tú sabes que Clarita es mi encanto. Me tiene hecho un bobo. ¿Quién ignora mi predileccion hácia las mujeres? Menester ha sido de toda mi severidad para que allá cuando mozo no me quitáran el pellejo los maldicientes. Hoy, hija mia (alguna ventaja ha de traer el ser viejo), con treinta y cinco años en cada pata, puedo, sin temor de censura, quereros á mi modo y trataros con la íntima familiaridad que me deleita. Te confieso que para querer á los hombres tengo que acordarme á menudo de que son prójimos y quererlos por amor de Dios. Á las mujeres, por el contrario, las quiero, no ya sin esfuerzo, sino por inclinacion decidida. Sois dulces, benignas, compasivas y muchísimo más religiosas que los hombres. Si no hubiera sido por vosotras, lo doy por cierto, hubiérase perdido hasta la huella de la primitiva cultura y revelacion del Paraíso, y los hombres jamas hubieran salido del estado salvaje. Si yo fuera un sabio habia de componer un libro demostrando que todo este ser de la Europa del dia, que todos estos adelantamientos sociales, de que el mundo se jacta, se deben, en lo humano, principalmente á las mujeres. Calcula, pues, cuán alto y lisonjero es el concepto que tengo de vosotras. Pues bien; en los últimos años de mi vida, tu hija Clara ha venido á sublimar mucho más aún este concepto de mi mente. En mi mente tenía yo como un tipo soñado de perfeccion, al cual ninguna de las mujeres que he conocido se acercaba ni en diez leguas. Clarita ha ido más allá. ¡Qué inocencia la suya, tan rara por su enlace con la discrecion y el despejo! ¡Qué fe religiosa tan sana y atinada! ¡Qué amor á su ma-

dre y qué sumision á sus mandatos! Clara es una santita en este mundo, y al verla hay que alabar á Dios, que la ha criado, á fin de dejarnos rastrear y columbrar por ella lo que serán en el cielo los angelitos y las bienaventuradas vírgenes.

— Mucho lisonjean mi orgullo de madre, interpuso doña Blanca, esos encomios de Clarita que oigo en boca de V.; pero mi amor á la justicia me induce á creerlos exagerados. Yo me los explico de cierto modo, que voy á tener la sinceridad de declarar á V. En el puro amor que en general profesas V. á las mujeres, hay algo del antiguo caballero andante, algo del hechizo que tiene para todo sér fuerte dar proteccion á los débiles y desvalidos. En el concepto superior á la realidad que de las mujeres V. forma, hay gran bondad é instintiva poesía. Todos estos nobles sentimientos de V. se han empleado, durante una larga y santa vida, en lugares, jornaleras unas, é hidalgas ó ricas otras, pero toscas las más, en comparacion con Clara, criada en grandes ciudades, con otro barniz, con otra más elevada cultura, con mayor delicadeza y refinamiento. Ventajas tales, meramente exteriores y debidas á la casualidad, han sorprendido y alucinado á V., y le han hecho pensar que lo que está en la superficie está en el fondo; que modales más distinguidos, mayor tino y mesura en el hablar, y ciertas atenciones y miramientos que nacen de más esmerada educacion, y que llegan á tenerse maquinalmente, gracias á la costumbre, son virtudes y excelencias que brotan del centro mismo de un alma que se eleva sobre las otras.

— No, hija mia; nada de eso basta á explicar mi predileccion por Clarita.

— ¿Cómo que no basta? Sea V. franco. ¿No quiere V. y estima casi tanto á Lucía?

— Las comparaciones son odiosas, y las del cariño más. Supongamos, á pesar de todo, que estimo y quiero á Lucía casi tanto. Esto probaria sólo que Lucía vale casi tanto como Clara.

— Y que ambas están educadas con más esmero.

— Bueno.... ¿Y qué?.... Concedo que así sea. ¿Quién te ha negado el poder de la educacion? Lo que yo niego es que la educacion valga hasta ese punto sobre un espíritu estéril é ingrato; y lo que niego tambien es que su influjo no pase de la superficie y no penetre en el fondo, y no mejore el ser de las personas. Es, pues, evidente que Clara debe mucho á Dios, y luego á tí, que la has educado bien; pero esto que debe á tí no es superficial y externo; los modales, las palabras, las atenciones y los miramientos no son signos vanos. Cuando no hay en ellos afectacion, es porque brotan del alma misma, mejor criada por Dios ó por los hombres que otras almas sus hermanas. Cierto que yo no he visto ni conocido más gente en mi vida que la de esta ciudad y la de Villabermeja; pero adivino y veo claramente que ha de haber duquesas y hasta princesas cuyo barniz no me engañaria ni me alucinaria. Yo conoceria al momento que era falso y de relumbron, y que en el fondo eran aquellas damas más vulgares que tu cocinera. Conste, por consiguiente, que no me alucino al encomiar á Clarita.

— ¿Y no provendrá la alucinacion, dijo doña Blanca, de la cándida y espontánea propension de Clarita á hacerse agradable?

— Sin duda que provendrá; pero esa misma propension, siendo espontánea y cándida, prueba la bondad de alma de quien la tiene.

— ¿V. no sabe, Padre, que eso se califica con un vocablo novísimo en castellano, y que suena mal y como censura?

— ¿Qué vocablo es ese?

— Coquetería.

— Pues bien; si la coquetería es sin malicia, si el afan de agrandar y el esfuerzo hecho para conseguirlo no traspasan ciertos límites, y si el fin que se propone una mujer agradando no va más allá del puro deleite de infundir cordial afecto y gratitud, digo que apruebo la coquetería.

Doña Blanca y el padre Jacinto se tenían mutuamente miedo. Ella temia la desvergüenza del fraile, y el fraile el genio violentísimo de ella. De este miedo mutuo nacia el que se tratasen por lo comun con extremada finura y con el comedimiento más exquisito y circunspecto, á fin de no terminar cualquier coloquio en pelea ó disputa.

Llevada de esta consideracion, doña Blanca no

impugnó la defensa de la coquetería; dió por satisfecha su modestia de madre, y acabó por aceptar como justos y merecidos los encomios de su hija Clara.

Luego añadió:

— En suma, mi hija es un prodigio. En las alabanzas de V. no toma parte sino la justicia. Me alegro. ¿Qué mayor contento para una madre? Imagino, con todo, que tan lisonjero panegírico bien se podría haber pronunciado en presencia de testigos. Lo que sigilosamente tenía V. que decirme no ha salido aún de sus labios.

El padre Jacinto se paró á reflexionar entónces, al verse tan directamente interrogado, y casi se arrepintió de haber venido á tratar del asunto de la boda de Clarita, dejándose llevar de un celo impaciente, sin ponerse ántes de acuerdo con el Comendador, segun habian concertado; pero el Padre Jacinto no era hombre que cejaba una vez dado el primer paso, y despues de un instante de vacilacion, que no dejó percibir á ojos tan lince como los de su interlocutora, dijo de esta manera:

— Allá voy, hija; ten calma, que todo se andará. Mi encomio de Clarita estaba muy en su lugar, porque de Clarita voy á hablarte. Me consta, como su director espiritual que soy, que te obedecerá en todo; pero dime, ¿no consideras tú que para algunas cosas, de la mayor importancia, convendria consultar su voluntad?

— ¿Y quién ha informado á V. de que yo no la consulto cuando conviene?

— ¿Has preguntado, pues, á Clara si quiere casarse tan niña?

— Sí, Padre, y ha dicho que sí.

— ¿Le has preguntado si aceptará por marido á D. Casimiro?

— Sí, Padre, y tambien ha dicho que sí.

— ¿Y no serán parte el temor y el respeto que inspiras á tu hija en esas respuestas?

— Creo que no merezco sólo inspirar á mi hija respeto y temor, sino tambien cariño y confianza. Prevaliéndose, pues, mi hija del cariño y de la confianza, que debo inspirarle, hubiera podido contestar que no queria casarse con D. Casimiro. Nadie la ha violentado para que diga que quiere. Querá, cuando lo dice.

— Es cierto: querrá cuando lo dice. No obstante, para que una decision de la voluntad sea válida, importa que la voluntad esté previamente ilustrada por el entendimiento acerca de aquello sobre lo cual decide. ¿Crees tú que Clarita sabe lo que quiere y porque lo quiere?

— Acaba V. de hacer el encomio más extremado de mi hija, y ahora me induce á pensar que la tiene por tonta, por incapaz de sacramento. ¿Cómo quiere V. que una mujer de diez y seis años ignore los deberes que el santo matrimonio trae consigo?

— No los ignora.... pero no me vengas con sofismas.... una niña de diez y seis años no sabe toda la trascendencia del sí que va á dar en los altares.

— Por eso tiene á su madre para iluminarla, aconsejarla y dirigirla.

— ¿Y tú la has iluminado, aconsejado y dirigido segun tu conciencia?

— La menor duda sobre eso, la mera pregunta que me hace V. es una ofensa terrible y gratuita. ¿Cómo presumir, sospechar, ni por un instante, que habia yo de aconsejar á mi hija en contra de lo que mi conciencia me dictase? ¿Tan mala me cree V.?

— Perdona; me expliqué con torpeza. Yo no creo, ni puedo creer que hayas aconsejado á tu hija contra tu conciencia; pero sí puedo creer que en tu entendimiento cabe error, y que, llevada tú de algun error, induces á tu hija á dar un paso deplorable.

— Extraño muchísimo los razonamientos de usted en el dia de hoy. ¿Qué diferentes de lo que eran ántes? ¿Qué cambio ha habido en usted? Seré yo víctima de un error, y en virtud de ese error daré malos consejos y tomaré funestas resoluciones; pero usted lo sabia, tiempo há, y nada habia dicho en contra cuando no habia aún compromiso alguno contraido. ¿Cómo ha venido de pronto á hacerse patente á los ojos de V. ese error que ántes no percibia? ¿Qué luz del cielo le ha ilustrado á V. el alma? ¿Qué santo ó que ángel bendito ha bajado á la tierra á descubrir á V. lo bueno y á distinguirlo de lo malo?

Doña Blanca, según se ve, iba ya perdiendo su aplomo y su dificultosa dulzura. El Padre Jacinto empezaba también á amostazarse, pero hizo un esfuerzo heroico, y en vez de seguir adelante y de excitar la tempestad, procuró calmarla por cuantos medios se le ocurrieron.

—Tienes razón que te sobra, contestó con mucha humildad. Yo debí disuadirte á tiempo de que concertaras esa boda. Del error que noto en tí, confieso que he participado. Por lo ménos, ha sido en mí un descuido atroz, una ligereza imperdonable, el no hablarte ántes, como te estoy hablando hoy. Pero si yo erré, con reconocerlo ya y con apartarme del error, te induzco á que me imites, aunque te dé armas en contra mía. Lo que afirmas probará mi inconsecuencia, más no prueba nada contra mi consejo.

—¿Cómo que no prueba nada? Quitá á su consejo de V. toda la autoridad que de otra suerte hubiera tenido. Consejo dado tan de repente..... hasta pudiera sospecharse..... que no se funda en pensamiento propio del consejero.

Doña Blanca, al pronunciar esta última frase, lanzó al Padre una penetrante y escrutadora mirada. El Padre, que no era tímido, se cortó un poco y bajó los ojos. Serenándose al instante, repuso:

—No se trata aquí de más autoridad que de la autoridad de la razón. Para darte el consejo, válganme la amistad y el cariño que tengo á tu persona y á los de tu familia: para que le aceptes ó le deseches, no pretendo que valga sino el ingenio, que pido á Dios me conceda, para llevar el convencimiento á tu alma.

—Está bien. ¿Quiere V. decirme qué razones hay para que Clara no se case con D. Casimiro? Usted es el confesor de Clara. ¿Ama Clara á otro hombre?

—Por lo mismo que soy su confesor, si Clara amase á otro hombre, y ella me lo hubiera confiado, no te lo diría, sin que ella me diese su venia, que yo sabría pedir y exigir en caso necesario. Por dicha, para nada tiene que entrar aquí la cuestión de si Clara ama ó no á otro hombre.

—No me venga V. con rodeos y sutilezas. Yo he educado á mi hija con tal rigidez y con tal recogimiento que no tengo la menor duda de que no ha tenido amoríos. Clara no ha mirado jamás con malicia á hombre alguno.

—Así será. Pero ¿no podrá mirarle el día de mañana? ¿No podrá amar, si no ama aún?

—Amará á su marido. ¿Por qué no ha de amarle?

—Vamos, señora, dijo el Padre Jacinto, ya con la paciencia perdida: no amaré á su marido porque su marido es feo, viejo, enfermizo y fastidioso.

—Quiero suponer, contestó doña Blanca con el reposado entono que tomaba cuando más tremenda se ponía, quiero suponer que las caritativas calificaciones de V. cuadran perfectamente al sujeto, á la persona de mi familia, á quien V. honra con ellas. Su exquisito gusto de V. en las artes del dibujo halla feo á D. Casimiro; sus conocimientos de usted en la Medicina le han hecho comprender que está el pobre mal de salud; y la amenidad y discreción que en V. campean, es natural que le induzcan á fastidiarse de todo sér humano que no sea tan ameno y tan ingenioso como V., cosa, por desgracia, rarísima; pero V. no me negará que mi hija, ménos instruida en las proporciones y bellezas de la figura del hombre, puede no hallar feo á D. Casimiro, como no le halla; ménos docta en ciencias médicas, puede creerle más sano; y ménos chistosa que V., puede muy bien hallar en don Casimiro algun chiste y no aburrirse de su conversacion. Y por otra parte, aunque mi hija viesese en D. Casimiro los defectos que V. señala, ¿por qué no habia de amarle? Pues qué, ¿una mujer de honor, una buena cristiana, ha de amar sólo la hermosura física, y el desenfado en el hablar? ¿Será menester buscarle para marido, no á un caballero de su clase, honrado, temeroso de Dios, virtuoso y lleno de atenciones y buenos deseos de hacerla dichosa, sino á algun saltimbanquis robusto, á algun truhan divertido, que provoque en ella con sus chocarrerías una risa indecorosa y un regocijo poco honesto?

—Mira, doña Blanca, dijo el fraile, que jamás abandonaba el tuteo, aunque se incomodara; no creas que se necesite ser un Apeles ó un Fidias para conocer que es feo D. Casimiro. Su fealdad

es tan patente y somera que no hay que ahondar mucho para descubrirla. Y en cuanto á su ruin salud y escasa amenidad te aseguro lo mismo. Sin haber cursado Medicina, sin ser un Hipócrates ve cualquiera que D. Casimiro está por demas estropeado. Y sin haber estudiado el *Exámen de ingenios* de Huarte, se descubre en seguida que el don Casimiro es romo y huero. Yo no pretendo que busques para Clarita á Pitágoras y á Milon de Crotona en una pieza; pero ¿qué diablura te lleva á darle por marido á Tersites?

El Padre Jacinto se abstenia de echar latines cuando hablaba á las mujeres; pero no podía ménos de citar en romance, siempre que se dirigía á damas de distincion, hechos, personajes y sentencias de la antigüedad clásica y de las Sagradas Escrituras. Por lo demas, era tan claro el sentido de lo que decia, que doña Blanca, aunque no hubiera sabido más ó ménos confusamente la condicion de los personajes citados, no hubiera tenido la menor duda sobre lo que el fraile queria significar. Así es que le respondió:

—Reverendo Padre, esos son insultos y no consejos; pero jamás me enojaré con usted. Lo único que afirmo es que todos los defectos que pone V. á mi futuro yerno han de estar ménos al descubierto de lo que V. supone ahora, cuando ántes de ahora no los ha conocido usted. Y si los conocia, ¿por qué ántes no me los dijo? Repito que álguien ha venido á ilustrar su claro entendimiento de usted. Alguien le induce á dar este paso. No hay que disimular. Sea usted leal y franco conmigo. Usted ha hablado con álguien acerca de la proyectada boda de Clarita. Sus consejos de V. no son consejos, sino un mensaje solapado.

El Padre Jacinto era fresco de véras; pero con doña Blanca no habia frescura que valiese. El pobre fraile estaba sofocado, rojo hasta las orejas. Por él hubiera podido inventarse aquella frase con que se denota que á álguien le han dado una buena descompostura: *tenia encarnadas las orejas como fraile en visita*.

Hasta su lengua, que por lo comun estaba tan suelta, se le habia trabado un poco y no atinaba á contestar.

Doña Blanca, notando aquel silencio, le excitaba á que se explicase, y añadia:

—No me cabe duda. Está V. convicto y casi confeso. Usted desaprueba hoy lo que ayer aprobaba, porque un enemigo mio le ha llenado la cabeza de ideas absurdas. Atrévase V. á negar la verdad.

Interpelado, acusado con tan desmedida audacia y con tan ruda serenidad, el padre Jacinto sacó fuerzas de flaqueza, puso á un lado la causa de su inusitada timidez, que era sólo el recelo de perjudicar los intereses de Clara y de su amigo y antiguo discípulo; y ya libre de estorbos, contestó tan enérgica y sabiamente, que su contestacion, la réplica á que dió lugar y todo el resto del diálogo tomaron un carácter distinto y solemne, por donde merecen capítulo aparte, el cual será de los más importantes de esta historia.

## XVII.

El padre Jacinto, sin alterarse, imitando el entonado reposo de su ilustre amiga, contestó lo que sigue:

—Ya he confesado con ingenuidad que debí aconsejarte ántes. No lo hice, no porque aprobase tu plan, sino porque llevado de ligereza vergonzosa y de indiferencia villana y grosera, no advertí todo el horror de la boda que tienes concertada. ¿Debo el advertirlo ahora á mi propio espíritu, ó bien al de otra persona que me ha ilustrado? Punto es este que podrá interesarte sabe Dios porqué, y que podrá afectar mi reputacion de hombre entendido; pero en nada altera el valor de mis consejos. No quiero ni puedo justificar mi inconsecuencia. Puedo y debo, con todo, mitigar un poco la rudeza de tu acusacion, y lo haré al exponer las razones en que fundo mis consejos de ahora. Sentiré expresarme con impropiedad, aunque espero de tu buena fe que no me armes disputa sobre las palabras, si entiendes la idea y la sana intencion con que la expreso. Tal vez está educada Clara con rigidez que raya en extremos peligrosos. Temiendo tú que un día pueda caer, le has exagerado los tropiezos. Temiendo tú que la nave pueda zozo-

brar é irse á pique, has ponderado los escollos y bajíos que hay en el mar del mundo, el ímpetu y violencia de los vientos que combaten la nave y hasta su fragilidad y desgobierno. Esto tiene también sus peligros. Esto infunde una desconfianza en las propias fuerzas que raya en cobardía. Esto nos hace formar un concepto de la vida y del mundo mucho peor de lo que debe ser. ¿Cómo ha de negar un creyente que de resultas de nuestros pecados el mundo es un valle de lágrimas; que el demonio tiende su red de continuo para perdernos, que nuestra flaca condicion es propensa al mal y que es necesario el favor del cielo para no caer en las tentaciones? Todo esto es innegable, pero conviene no exagerarlo. Una vez muy exagerado, ó hay que huir al desierto y hacer la vida ascética de los ermitaños, y entónces todo va bien, porque la belleza y la bondad que no se ven en la tierra, se esperan, se presienten y casi se ven ya en el cielo en éxtasis y arrobos, ó hay que dar, faltando el amor divino, faltando la caridad fervorosa, en un desesperado desprecio de uno mismo y en tal desden y odio á todo lo creado y á nuestros semejantes, que hacen á quien así vive odioso y enojoso á sí y á los demas seres. Hija, no sé si me explico, pero tú eres perspicaz y me irás entendiendo. Otro grave peligro nace también de tu método de educar. La conciencia se halla con él más apercebida y precavida para la lucha; pero al mancharlo todo, se mancha; al inficionarlo todo, se inficiona; al presentir en todo un delito, una impureza, provoca y hasta evoca las impurezas y los delitos. Clarita tiene un entendimiento muy sano, un natural excelente; pero, no lo dudes, á fuerza de dar tormento á su alma para que confiese faltas en que no ha incurrido, pudiera un día torcer y dislocar los más bellos sentimientos y convertirlos en sentimientos pecaminosos: pudiera concebir del escrúpulo de su conciencia, inquisidora del pecado, el pecado mismo que ántes no existia. No tengo que asegurarte que yo por mil motivos no he procurado relajar la rigidez de los principios que has inculcado á Clarita, si bien mi modo de ser me lleva, por el contrario, á la indulgencia: á ver en todo el lado bueno, y á tardar muchísimo en ver el lado malo, y á no descubrirle sino despues de larga meditacion. Así es que al principio, contrayéndonos al asunto de la boda, no vi sino el lado bueno. Vi que D. Casimiro es un caballero de tu clase, honrado, religioso, prendado de Clarita y deseando hacerla feliz. Vi que casándose con ella, seguiria ella aquí y no se la llevarian léjos de su madre y de nosotros que la queremos tanto. Vi que con su mucha hacienda y la de su marido haria un bien inmenso en estos lugares, empleándose en obras de caridad. Y vi en la misma austeridad con que está educada la garantía de que para Clarita no podia ser el matrimonio el medio de satisfacer y aún de santificar, merced á un lazo sagrado é indisoluble, una pasion violenta, profana y algo impía, ya que consagra al hombre cierta adoracion y culto que á sólo Dios se debe, y una ilusion caduca, efímera, que se disipa tanto más pronto cuanto más vivo y ardiente es el resplandor con que la fantasía la finge y colora. Todo esto vi, y por haberlo visto trato de cohonestar, ya que no disculpe, el no haberme opuesto ántes á la boda. Imaginaba yo, además, que Clarita no la repugnaba. Clarita nada me ha dicho despues, pero mis ojos se han abierto, y ahora comprendo que la repugna con repugnancia invencible, allá en el fondo de su alma. Ahora comprendo que Clarita no vé sólo en el matrimonio un voto de devocion y sacrificio. Clarita quiere amar y que el matrimonio sancione y purifique su amor. El matrimonio, por lo tanto, no puede ser para ella el mero cumplimiento de un deber social, un acto de abnegacion, un padecimiento á que hay que resignarse, una penitencia, una prueba, un castigo. El profundo respeto que te tiene, la ciega obediencia con que se somete á tu voluntad, la creencia de que casi todo es pecado, no consentirán que ella confiese nunca ni á sí misma lo que te digo; pero yo no dudo ya que lo siente. Ahora bien; ¿es merecedora Clarita de esa penitencia? ¿Es digna de ese castigo? ¿Qué derecho tienes para imponérselo? Y si es prueba, ¿quién te da permiso para poner á prueba su bondad? ¿Por qué, si lo grave y áspero de un deber, como es el del matrimonio, puede mezclarse y combinarse con lícitos contentos que aligeren la cruz y con satis-

facciones y gustos que suavicen la aspereza del camino, quieres tú sólo para tu hija la aspereza del camino y la pesadumbre de la cruz, y no también la permitida dulzura?

Doña Blanca escuchó impasible, y al parecer muy sosegada, todo el sermón del buen fraile. Al ver que no seguía, dijo después de un instante de silencio:

—Aun conviniendo en que casarse con un hombre de bien, lleno de afecto y de juicio, fuese una penitencia, fuese una cruz, Clarita la debiera llevar y resignarse. La mujer no ha venido al mundo para su deleite y para satisfacción de su voluntad y de su apetito, sino para servir á Dios en esta vida temporal, á fin de gozarle en la eterna. Y usted convendrá conmigo, si en estos días no ha tratado con gentes que han perturbado su razón y le han apartado del camino recto, que el modo mejor de servir á Dios es, en una hija, el obedecer á sus padres. Usted mismo reconoce que el santo sacramento del matrimonio no fué instituido para santificar devaneos. Ciertamente que es mejor casarse que quemarse; pero aún es mejor casarse sin quemarse, á fin de ser la fiel compañera de un varón justo y fundar ó perpetuar con él una familia cristiana, ejemplar y piadosa. Este concepto puro, cristiano y honestísimo del matrimonio no es fácil de realizar; mas para eso he educado yo tan severamente á Clarita; para que con la gracia de Dios tenga la gloria de realizarle en vez de buscar en el casamiento un medio de hacer lícito y tolerable el logro de mal regidos deseos y de impuras pasiones. Más pudiera decir en mi abono, acerca de este asunto, pero no se trata aquí de una discusión académica. Yo carezco de estudios y de facilidad de palabra para discutir con V. sobre la cuestión general de si el matrimonio ha de ser un estado tan difícil y estrecho como otro cualquiera que se toma para servir á Dios, y no un expediente mundanal para disimular liviandades. Aquí debemos concretarnos al caso singular de Clarita, y para ello vuelvo á lo dicho: necesito, exijo que sea V. leal y sincero. ¿Quién envía á V. á que me hable? ¿Quién le aconseja para que me aconseje? ¿Quién le ha abierto los ojos que tenía V. tan cerrados y le ha hecho ver que Clarita, si no ama, amará? Vamos, respóndame V. ¿Por qué disimularlo ó callarlo? Hay un hombre que ha hablado á V. de todo eso.

—No lo negaré, ya que te empeñas en que lo declare.

—Ese hombre es el Comendador Mendoza.

—Es el Comendador Mendoza; repitió el fraile.

Tal declaración, aunque hartamente prevista, dejó silenciosos y como en honda meditación á ambos interlocutores, durante un largo minuto que les pareció un siglo.

Doña Blanca, aunque sin precipitar sus palabras, mostrando ya en lo trémulo de la voz y en el brillo de los ojos, viva y dolorosa emoción mal reprimida, habló luego así:

—Todo lo sabe V. y me alegro. Quizás hice mal en no decirselo yo misma la vez primera que me arrodillé ante V. en el tribunal de la penitencia. Sírvame de excusa que ya mi mayor delito había sido varias veces confesado, y la consideración de que cada vez que le confieso de nuevo hago sabedora á una persona más del deshonor de quien me ha dado su nombre. Todo lo sabe V., sin que yo se lo haya dicho. Bendito sea Dios que me humilla como merezco, sin que yo, tan culpada, cometa la nueva culpa de infamar á mi pobre marido. Pues bien: sabiéndolo V. todo, ¿cómo se atreve á aconsejarme lo que me aconseja? ¿Cómo quiere apartarme del camino que llevo, único posible para una reparación, aunque incompleta? Si contra su parecer de V., si contra la ley del decoro, manchásemos la conciencia de Clara, descubriéndole su origen, ¿qué piensa V. que haría ella? ¿No la despreciaría V. si no buscara la reparación? Y para ello, sin hacer pública la infamia de su madre y de aquel á quien debe venerar como á padre, ¿qué otro recurso tiene Clara sino entrar en un convento ó dar la mano á D. Casimiro? ¿Por qué, dirá V., ha de pagar Clara la falta que no cometió? Harto el pago yo, Padre. Los remordimientos, la vergüenza me asesinan. Pero Clara también debe pagarla. Si esto parece á V. inicuo, vuélvase usted impío y blasfemo contra la Providencia y no contra mí. La Providencia, en sus designios inescrutables, con ocasión de mi culpa, ha puesto á

mi hija en la alternativa ó de sacrificarse ó de ser falsaria y poseedora indigna de riquezas que no le pertenecen.

—No he de ser yo, por cierto, interrumpió el fraile, quien disimule ó atenúe lo difícil de la situación y la verdad que hay en lo que dices. Convento contigo. Sé la nobleza de alma de Clara. Si ella supiera quien es.... pero no, mejor es que no lo sepa.

—¿Qué piensa V. que haría si lo supiese?

—Sin vacilar.... Clara se retiraría á un convento. Tu plan de casarla con D. Casimiro le parecería absurdo, malo, no ya siendo feo y viejo don Casimiro, sino aunque fuese precioso y estuviese ella prendada de él. Con ese casamiento ni se remedia el mal nacido del embuste ó la falsía, ni se despoja tu hija de bienes que no son suyos.

—Es, sin embargo, la única reparación posible, aunque incompleta, ignorando Clara el motivo que hay para la reparación. Convento en que entrando Clara en un claustro el mal se remediaría mejor; menos incompletamente. Pero ¿cómo la hija de un ateo ha de tener vocación para esposa de Jesucristo?

Al pronunciar estas últimas palabras, el rostro de doña Blanca tomó una expresión sublime de dolor; sus mejillas se tiñeron de carmin ominoso como el de una fiebre aguda; dos gruesas lágrimas brotaron de repente de sus ojos.

El Padre Jacinto vió á doña Blanca transfigurada; reconoció en ella un corazón de mujer, que antes no había sospechado siquiera bajo la aspereza de su mal genio; y le tuvo lástima, y la miró con ojos compasivos. Ella prosiguió:

—He meditado en largas noches de insomnio sobre la resolución de este problema, y no veo nada mejor que el casamiento de Clara con D. Casimiro. No piense V. que me falte valor para otra cosa. No me falta valor; me sobra piedad. Mil veces, ansiosa de que me matase, he estado á punto de revelar mi pecado al hombre á quien ofendí cometiéndole. Yo misma hubiera puesto gustosa el puñal en su mano; pero, le conozco, ¡infeliz! hubiera llorado como un niño; yo le hubiera muerto de pena, en vez de recibir el merecido castigo; él, con mansedumbre evangélica, me hubiera perdonado; y mi duro pecho y mi diabólico orgullo, lejos de agradecer el perdón, hubieran despreciado más aún al hombre que me le otorgaba. Manso, pacífico, benigno, Valentin hubiera apurado un cáliz de hiel y veneno al oír mi revelación; no hubiera sido mi juez inexorable, sino hubiera acabado de ser mi víctima; y yo, réproba, llena de satánica soberbia, hubiera ahogado el manantial de la compasión y de la ternura con desden, hasta con asco de una resignación santa, que el demonio mismo me hubiera pintado como enervada flaqueza. Mi deber era, pues, callar: hacer lo menos amarga posible la vida de este débil y dulce compañero que el cielo me ha dado: disimular, ocultar, hasta donde cabe,.... mi falta de amor.... mi injusta, impía, irracional, involuntaria falta de estimación. Así se explican el engaño y la persistencia en el engaño: pero la vileza del hurto no cabe en mí. Mi alma no la sufre. ¿Pretende quizás ese ateo malvado que me envilezca yo con el hurto? ¿Qué razón, qué derecho, qué sentimiento paternal invoca, quien tan olvidado tuvo, durante años, al fruto de su amor.... y de la cólera divina? Usted dice bien: lo mejor sería que Clara se sepultase en un claustro; se consagrara á Dios. Yo he hecho lo posible por disgustarla del mundo, pintándosele horroroso: pero en ella han podido, más que mis palabras, la confianza juvenil, el brío maldito de la sangre, el deleite y la exuberancia de la vida. ¿Qué arbitrio me queda sino casarla con D. Casimiro? ¿Por qué la compadece usted? Pues qué, ¿no sale ganando? La hija del pecado no debiera tener bienes, ni honra, ni nombre siquiera, y todo esto conservará y de todo podrá gozar sin remordimientos, sin sonrojo.

En la última parte de su discurso, doña Blanca estuvo hermosa, sublime como una pantera irritada y mortalmente herida. Se había puesto de pie. Al fraile se le figuraba que había crecido y que tocaba con la cabeza en el techo. Hablaba bajo, pero cada una de sus palabras tenía punta acerada como una saeta.

El Padre Jacinto conoció que había confiado por demas en su serenidad y en su elocuencia. Se hizo

un lío, y no supo decir nada. Se encontró tan apurado, que la vuelta de Clarita al salón le quitó un peso de encima y le dió tregua para poder replicar en momento más propicio y después de meditarlo.

Doña Blanca, no bien entró su hija, supo dominarse y recobrar su calma habitual.

Un poco más tarde vino el benigno D. Valentin, y todos fueron á comer como si tal cosa.

El Padre Jacinto echó la bendición al empezar la comida, y rezó al sentarse y al levantarse.

Ya de sobremesa, tuvo efecto la grata sorpresa de la corza. Clarita la halló encantadora. La corza se dejó besar por Clarita en un lucero blanco que tenía en la frente, y se comió cuatro bizcochos que ella misma le dió con su mano.

Don Valentin se maravilló, simpatizó y hasta se enterneció con la mansedumbre de aquel lindo animalito.

Cuando, terminado todo, salió el Padre Jacinto de casa de doña Blanca, se apresuró á ir á ver al Comendador, quien le aguardaba impaciente, no habiéndole visto al llegar de Villabermeja, porque el fraile había adelantado más de una hora su venida á la ciudad. Excusándose de esto y de su precipitación en dar pasos sin consultar al Comendador, el Padre Jacinto le relató cuanto había pasado.

Don Fadrique Lopez de Mendoza no era de los que condenan todo lo que se hace cuando no se les consulta. Halló bien lo hecho por su maestro, y lo aplaudió. Hasta la turbación y mutismo final del fraile le parecieron convenientes, porque no habían traído compromiso; porque no se había soltado prenda. Ya hemos dicho que el Comendador era optimista por filosofía y alegre por naturaleza.

J. VALERA.

#### LA PÊCHE.

Las abundantes y excelentes frutas que poseemos en España no deben retraernos de introducir en nuestros jardines y huertas otras muchas clases extranjeras que aumenten la variedad en los sabores y aromas, prolonguen la temporada del consumo y quizás extiendan su cultivo á tierras que hoy no producen ninguna. Esto conviene tanto más cuanto la mayor parte de aquellas, de mediana calidad en su propio país, adquieren en algunos puntos de nuestro territorio, merced á las buenas condiciones del clima, una indisputable superioridad. Recordamos haber probado algunas peras y manzanas procedentes del *châlet* de la señora Duquesa de Medinaceli en Las Navas del Marqués, que superaban mucho en fineza y delicadeza á las frutas que dan las mismas variedades en Francia, que tiene fama en estos ramos de cultivo y exporta de ellas á Inglaterra en algunos años por doscientos millones de reales. Sería también un medio de favorecer nuestra propia exportación, porque las frutas, como las legumbres y hortalizas, se venden mal, por buenas que sean, cuando están desconocidas en cualquier mercado. Basta que la figura exterior, el aspecto, sea algo diferente del que se acostumbra ver cada día ó á cada vuelta de temporada, para inspirar recelos á los compradores y restringir la venta. Algo de esto pasa á nuestros hortelanos de Valencia y Murcia con las remesas de *primeurs* que hacen á París, por no haber adoptado las variedades de hortalizas y frutas conocidas en aquel gran mercado, superiores ó inferiores á las nuestras: el caso no importa, porque se compra siempre lo mediano conocido con preferencia á lo desconocido, que puede ser mejor, pero también peor.

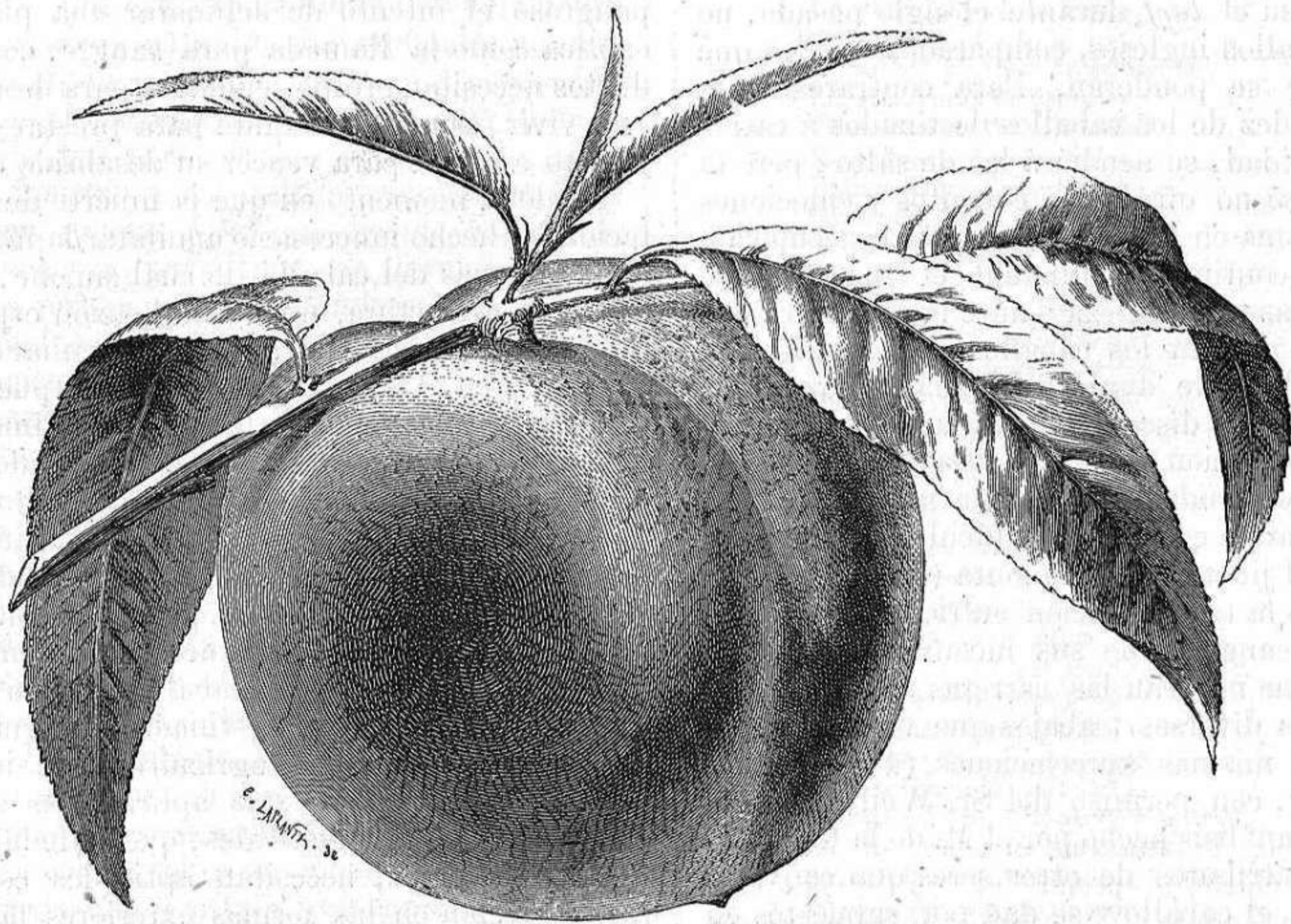
Algun día trataremos extensamente esta importante cuestión, limitándonos hoy á aconsejar á propietarios y hortelanos intenten el cultivo de *la pêche*, cuyo dibujo encabeza este artículo. Usamos el nombre francés, porque no sabemos cómo llamar en castellano esta excelente fruta, que no es enteramente melocoton, ni pavia, ni bruñon, si bien es prima hermana. Los caracteres que la distinguen de estas tres últimas clases consisten en que la carne de la primera se separa resueltamente del huesecillo y se deshace, cuando está bien madura, como una pera de agua, llenando la boca de un abundante, delicioso y fino aroma. Los que han comido solamente esta fruta en los restaurants de París, con azúcar, no pueden tener una idea exac-

ta de su exquisita cualidad, porque, para facilitar su trasporte y conservacion, se recoge en esos casos antes de que esté madura. En las huertas y en las viñas, especialmente en Borgoña, donde se cultiva en grande escala, no necesita ciertamente azúcar para satisfacer el más exigente paladar.

Oriunda de Etiopía, de donde pasó á Persia, Egipto, Grecia é Italia, la *pêche* cuando llegó, estaba léjos de poseer cualidades iguales á las que hoy la conocemos. Su fruta estaba mucho más pequeña, la carne menos sabrosa y no exenta de cierto sabor amargo que engendraba una fuerte dosis de ácido prúsico; así que durante mucho tiempo se consideró en Italia como venenosa y se cultivaba solamente como adorno. Hoy no le queda

nada de aquellos inconvenientes, y se conocen un sin número de variedades, entre las cuales descuellan unas quince ó veinte por su fertilidad, la hermosura y las cualidades de su fruto.

No creemos que la aclimatacion de este árbol sea difícil en España, si bien es cierto que no podía prosperar indistintamente en todas las tierras; teme á la vez la humedad y la sequía; de manera que en una tierra de riego de donde no se escurran rápidamente las aguas del subsuelo perecerá, y también se malogrará en un terreno demasiado seco. Es preciso elegir por lo tanto un suelo de mucho fondo, naturalmente húmedo, pero sano y algo calizo. No deben traerse ingertos de un vivero, y menos de un vivero extranjero, porque se secan



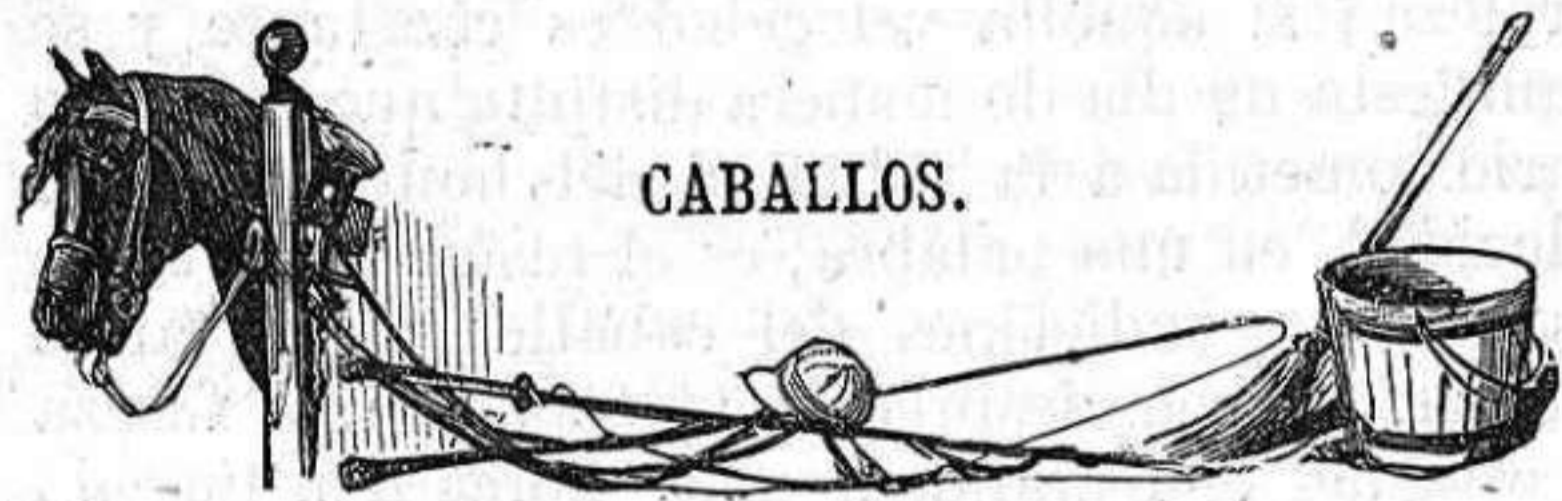
Pêche Galande ou Bellegarde.

en el camino, sino sembrarse pura y sencillamente un huesecillo en el mismo sitio que el árbol habrá de ocupar definitivamente; en los países del Mediodía no conviene la trasplantacion. Se cubre de frutas las más veces desde el segundo año, y á lo más tardar seguramente en el tercer año. Es cierto que aún así el árbol no vive arriba de siete ú ocho años, pero es tan fácil y tan económico el renovarle, que el inconveniente es de poca monta. Los colonos de la Argelia francesa siembran algunos cada año, y no vacilan en derribar los viejos cuando enferman, porque los jóvenes producen abundante y excelente fruta. Merced á una poda hábil é inteligente, estos árboles pueden vivir mucho más tiempo, pero es una operacion tan delicada y tan poco conocida en España, que preferimos aconsejar el renuevo por medio de huesecillos.

Damos á continuacion la lista de las variedades que gozan de más merecida reputacion, por orden de maduracion y conservando los nombres franceses, con el objeto de que nuestros lectores puedan entenderse con los arboricultores de la nacion vecina si desean hacer su adquisicion: \* *d'Ouillies*, *Grosse mignone hâtive*, *Belle de Doué*, \* *Alberges*, *Grosse mignone tardive*, *Pourprée hâtive*, *Belle de Vitry*, \* *de Malte*, *Gallande*, \* *Reine des vergers*, \* *Villermoz*, \* *Bourdine*, *Nicette veloutée*, *Pourprée tardive*, \* *de Syrie*, etc.

Las frutas de la *Reine des vergers* son mejores cuando se recogen antes de estar maduras y se conservan en la despensa algunos dias. Por lo mismo es la variedad que conviene cultivar para enviar la fruta á la plaza.

M.



CABALLOS.

Dice elocuentemente el Sr. Weil, en el primer número de EL CAMPO, que constituye un acto de patriotismo combatir las preocupaciones más generalizadas, aunque éstas se apoyen en nobles sentimientos. Por eso todos los que de españoles nos preciamos debemos estar reconocidos al Sr. Marqués de la Conquista, por haber levantado en el mismo periódico la bandera de nuestra raza caballar, defendiendo al mismo tiempo los intereses de la ganadería, uno de los ramos más importantes de la riqueza agrícola de este país.

Difícil me sería añadir nada á las observaciones de mi querido amigo, pues á un claro entendimiento reúne dilatada experiencia, y en el asunto que nos ocupa ha podido apreciar el resultado de ensayos propios y ajenos, aconsejados por personas que, participando de opiniones análogas á las del señor Weil, le precedieron en la propaganda. Pero como

quiera que entre los pocos que han escrito sobre cria de caballos en estos últimos tiempos, que entre gentes ilustradas y en las esferas más altas de la sociedad dominan las mismas ideas, es necesario insistir en combatirlas, porque constituyen una corriente avasalladora, que, de seguir su curso sin obstáculo, ha de ahogar los pocos gérmenes que nos quedan para hacer revivir nuestra raza de caballos.

Los caballos españoles que hoy se producen podrán ser individualmente considerados inferiores á los ingleses para ciertos usos; no se criarán en cantidad bastante para llenar todas las aplicaciones de la civilizacion presente; esta industria se encontrará en postracion lamentable, debida á causas históricas ó á otras que tienen origen más humilde. Estudiando la exactitud de estas afirmaciones, podrían prestarse grandes servicios á los criadores, que, inspirados sólo por la rutina, prefieren lamentarse de la injusticia de sus conciudadanos, ó del abandono del Gobierno, á procurar salir por sí mismos de tan precaria situacion, ó á aquellos aficionados que, teniendo ocasion de apreciar en el uso las notables condiciones de nuestros caballos; creen peligrosa toda alteracion en el sistema de

criarlos é imposible mejorarlos, teniendo por dogmática la inferioridad de las razas extranjeras desde todos los puntos de vista que se las considere.

Perjudicial es, á no dudarlo, la propension de nuestro carácter á vivir cómodamente en el culto de lo pasado y satisfechos de cuanto nos rodea; pero también es más susceptible que otros de impresionarse con el espíritu de las innovaciones, y si bien le falta casi siempre perseverancia, en la materia que nos ocupa bastan pocos años para destruir la obra de muchos siglos. El Marqués de la Conquista dice ya lo bastante acerca de la influencia que produjo la moda de las cruas cuando éstas alcanzaron su período de mayor dominio sobre la opinion: más radicales todavía son las ideas del Sr. Weil, y sus efectos habian de hacerse sentir de una manera también más decisiva y tal vez irremediable.

Cuando tanto se ha hablado de la pura sangre inglesa, quizá parezca demasiado atrevimiento penetrar en el significado de esa palabra que, por su sentido gramatical y la veneracion con que se escucha entre los *sportmen*, envuelve misterioso espíritu aristocrático, aplicado á esa raza de animales con más exageracion que la pretension de hacer descender nuestros caballos de la yegua predilecta entre todas las de Salomon.

La sangre llamada pura por antonomasia es el producto en que entran más mezclas de otras sangres entre todas las razas conocidas. Esto constituye un hecho, en primer lugar, demostrado por los historiadores del caballo inglés, y que, si bien sirve para desvanecer alguna preocupacion extendida por el vulgo, de la cual seguramente no participa el ilustrado autor del artículo que ha motivado estos ligeros apuntes, hace la apologia de un país que con constancia, inteligencia y teson ha formado un tipo de caballo notable por muchos conceptos y considerado casi universalmente como superior á los que le han dado origen.

Cuando otros pueblos se distinguían por sus caballos, y entre los más notables se contaban los de España, Inglaterra no necesitaba por su posicion geográfica de un poderoso elemento de guerra indispensable en el continente y que constituía la aplicacion más importante de ese nobilísimo animal. Podrán rebuscarse antecedentes curiosos y encontrar la opinion favorable que á César merecieron los caballos bretones; pero hasta época muy reciente no han gozado envidiable reputacion los vástagos de aquella casta, que en los dias florecientes del Imperio romano fué absorbida por otras más reputadas, como lo eran sin duda las de España, Galiás é Italia (1). En el trascurso sucesivo de los tiempos fueron varios los caballos extraños que importaron diversos monarcas para fecundar las yeguas inglesas segun el gusto y el objeto que cada uno se proponia, no habiendo empezado el tipo oriental á ser el que por medio de las cruas se buscaba, hasta que en el siglo xvii las carreras tomaron un carácter oficial, y fueron reglamentadas por Carlos I y Carlos II, grandes apasionados del *turf*. Sólo de 1791 data la publicacion del famoso *Stud-book*, registro civil de los caballos que muchos países pueden desear fuese llevado con escrupulosidad tan exquisita tratándose de la raza humana; pero aún desde esa fecha tan reciente no se ha negado el derecho á ser inscrita á la cabeza de una genealogía cualquier caballo que por sus triunfos en el hipódromo se haya hecho acreedor á que se mire con indulgencia la historia de su abolengo. Nada menos que Godolphin Arabian vino á Inglaterra desde París, donde modestamente tiraba de un carro, desprovisto de documentos que acreditasen lo excelso de su estirpe. ¡Mayor crueldad hubiera sido, por parte de la veleidosa fortuna, que una noble ejecutoria fuese testigo de tan humilde ocupacion! Sin embargo, vistos los merecimientos de su nieto Eclipse, no sólo éste alcanzó la honra de ser inscrito en el libro sagrado, sino que dió derecho al ascendiente para considerarse uno de los fundadores de la raza inglesa.

No significa, pues, la pura sangre una serie limpia de generaciones que va á perderse en la oscuridad de los tiempos, como sucede, por ejemplo, á la raza árabe, que por las creencias religiosas de sus dueños, por lo estacionario de su civilizacion, por sus

(1) *The Horse*, por William Youatt.

costumbres, ha podido vivir separada de extraño contacto y conservar un tipo adecuado á las necesidades primitivas. De aquí la notable diferencia que entre ambas existe para imprimir un sello indeleble y fijo en la generacion, y tal vez á esto se deba en gran parte el desengaño de casi todos los que acudieron á la cruz inglesa para reformar nuestros caballos. Tampoco es hoy la pura sangre un plantel para buscar perfecciones de forma y caballos útiles para todos usos, pues los magníficos troncos, ornato de todos los paseos de Europa, no proceden de ella si no son oriundos de la raza Cleveland, fomentada bajo ideas distintas que la raza privilegiada, y los caballos que se destinan á arrastre pesado y obtienen resultados asombrosos, son hábiles transformaciones de antiguas castas flamencas, que los agricultores ingleses han hecho tomar ya carácter indígena, y cultivan con una inteligencia suficiente para acreditarlos, si no lo estuvieran de sobra con todos los productos de su ganadería. Hasta el caballo de caza necesita, por la índole de su destino, ciertas condiciones que no se hallan en la pura sangre (1), lo cual se debe á causa que pasamos á examinar, limitándonos en este momento á dejar consignado que la llamada pura sangre representa exclusivamente una raza dedicada al hipódromo.

Las carreras que tenían precedentes en ciertas costumbres del pueblo inglés, como puede comprobarse recordando las antiguas ferias de los viernes en Smithfield ó de los domingos en Lent, fueron ya en tiempo más reciente que ántes citábamos, y por cierto memorable en la historia política de aquella monarquía, un espectáculo regularizado y dirigido con fines más altos que los de fomentar un mero entretenimiento. Injusto sería negar el resultado obtenido en Inglaterra por virtud de las carreras, á las cuales debió aquel pueblo darse á conocer desde mediados del siglo pasado como productor de caballos vigorosos, ligeros y de formas esbeltas, organizar una caballería capaz de competir con cualquier otro ejército, como pronto demostró, y mediante el justo aprecio conquistado por sus caballos, hacer que esta industria llegase allí á ser más importante y lucrativa que en los demás países del mundo. Pero el empeño de dar un paso más en el camino del progreso ó el espíritu de especulación, que era difícil separar de las personas más ligadas á la suerte de las carreras, hizo se procurase cada día aumentar la velocidad en los caballos destinados á este ejercicio, y á la velocidad se fueron sacrificando condiciones sin duda muy importantes. Para penetrar en esta materia no confío en recursos propios, porque, además de carecer en absoluto de autoridad, de seguro se rechazarían mis afirmaciones como hijas de la rutina y aprendidas entre ignorantes campesinos. Acostumbrado, sin embargo, á oír en todo lo que con caballos y asuntos de campo se relaciona á personas tan entendidas al ménos como las que más fácilmente obtienen hoy diplomas de profesores, y curioso por conocer con mayor profundidad que suele hablarse en los clubs ó en los casinos cuanto puede conducir á la mejora de nuestra ganadería, he tenido ocasion de leer algún libro inglés que ha de servirme de escudo en esta empresa, y en las citas que voy á permitirme hacer por nota para causar ménos molestia á los lectores, está la justificación de mis asertos.

Al mismo tiempo que el hombre jamás tendrá fuerza bastante para destruir las leyes providenciales de la naturaleza, le ha sido reservado un vasto espacio donde desarrollar su poderosa iniciativa. Los ganaderos ingleses han sabido demostrar esta verdad trabajando en el gran taller de la producción animal con el mismo acierto que pudiera hacerlo un agricultor en su estudio, y dando á los productos de todas sus razas el tipo que ha conveído á sus necesidades y hasta á sus caprichos. En cuanto desearon hacer caballos más ligeros de los que habían obtenido por medio de la sangre oriental, fueron buscando en sus formas externas condiciones mecánicas en armonía con sus propósitos; empezaron por alargar el esqueleto, suprimieron amplitud en las costillas, hicieron que el peso de los sistemas muscular y huesoso se redujera hasta donde fuese posible. Con efecto, la velocidad había aumentado, y los *racers* modernos recorren

dentro de cierta unidad de tiempo mayores distancias que los antiguos: en cambio no pueden soportar las cantidades de peso anteriormente asignadas á los *jockeys*, ni las distancias que disputan en los hipódromos son tan largas, ni cuentan en este ejercicio la vida dilatada que alcanzaron sus progenitores (2). La obra que contiene estos interesantes datos los confirma con retratos de caballos de una y otra época, en los cuales se observa á primera vista que á la menor anchura en las costillas corresponde naturalmente menor cabida en el pecho para la conveniente dilatación de los pulmones; á la exagerada extensión del lomo se agrega, para prolongar los trancos del galope, la longitud desproporcionada de sus remos, sobre todo en los antebrazos y cuartillas; en una palabra, por todas se revelan indicios de debilidad, y los vencedores en el *turf* durante el siglo pasado, no parecen caballos ingleses, comparados con los que actualmente se ponderan. Para contrarrestar la falta de solidez de los caballos destinados á carreras de velocidad, se acudió á las de salto; pero el *steeple-chasse* no ofrece los encantos y emociones de las apuestas en la forma que esta especulación se ejerce, y continúa dominando el gusto clásico de las luchas de ligereza; ante ella se mira con indiferencia puedan los caballos escasamente con el peso del hombre durante un día de caza; que su temperamento díscolo y hasta la escasez de instinto en proporción del poco desarrollo de masa encefálica contenida en tan reducida cabeza, impida adiestrarlos en vencer obstáculos con utilidad y agrado del jinete que los monta (3).

Acercas de la transformación sufrida por el caballo de pura sangre y de sus inconvenientes para otros usos que no sean las carreras, debe consultarse además diversos trabajos que vienen á coincidir en las mismas apreciaciones (4). De ellas cabe deducir, con permiso del Sr. Weil, la oportunidad del análisis hecho por el M. de la Conquista sobre los atributos de otros seres que conviene encontrar en el caballo y se dan por supuestos en los de pura raza inglesa.

Sin entrar en un exámen exegético sobre el caballo español, ni tratar de justificar la alta preeminencia que alcanzó, reconocida imparcialmente en el artículo á que vengo haciendo referencia, no será ocioso consignar el crédito que alcanzaba esta producción en nuestra patria ántes de experimentar la beneficiosa influencia de la raza árabe, á la cual sin duda se debió el mayor grado de esplendor de nuestros caballos y el juicio favorable de los autores que más los han enaltecido. La cruz oriental se hizo en España como consecuencia de la dominación agarena en gran parte de nuestro territorio durante ocho siglos, por más que no conservemos el nombre de ninguno de aquellos sementales cuya lista sería más numerosa que la de los importados á Inglaterra ántes y después de la publicación del *Stud-book*. La raza con caracteres de tal estaba formada mucho ántes que la hoy envidiada á los ingleses, y permitido ha de sernos afirmar que conservando el caballo árabe cualidades tan recomendables como la energía y el vigor, adquirió en este suelo gala en los movimientos y mejor disposición de sus fuerzas para el servicio predilecto á que el hombre ha destinado el caballo, y en la forma que se le ha exigido durante mucho tiempo. Si esas condiciones no se revelan en todos los individuos, culpa es indudable de no haber tenido esmero suficiente para procurarlas en las sucesivas generaciones, y áun pueden descubrirse en aquellas familias que no han sufrido la influencia de extrañas mezclas. A pesar de ese abandono, los caballos que hoy se crían sirven en el ejército con ventaja á otras, segun lo confirma la experiencia y la opinión de ilustres militares extranjeros (5); tiran de los carruajes sin que nadie se preocupe de buscar en ellos formas aparentes para este uso; mal alimentados y peor cuidados soportan la vida del campo, en que se les exige más veces correr detrás de reses vacunas con velocidad considerable y penosa precisión en sus movimientos; otras siguen á los galgos, que vencen á las liebres en su

(2) *Horse's past and present state.*

(3) STONEHENGE, *Manual del Sport.*

(4) W. YONATT-THE HORSE. — E. ROUEL, *El caballo de pura sangre.*

(5) General DAUMAS, *El caballo de guerra.*

carrera, y otras por veredas desusadas, casi impracticables huyen de la persecución que sufre el tontabando; todavía satisfacen el gusto de algunos jinetes amantes de su gracia y gallardía, pues no es exacto constituya el tipo uniforme de nuestros caballos el que pinta el Sr. Weil con los rasgos de la caricatura; por último, en todas ocasiones nos demuestran su nobleza para entregar su voluntad al hombre, aunque éste le conduzca á los mayores sufrimientos y le obligue á hacer sacrificio de la vida en aras de la obediencia. Reflexiónese por un momento qué partido hubiesen sacado los ingleses de las condiciones naturales de nuestra raza caballar y á qué estado llegaría la artificial creada por ellos en cuanto la sometieramos al sistema de vivir á la española. Aun concediendo que en España no exista raza de caballos, sería peligroso el intento de aclimatar una planta tan exótica como la llamada pura sangre, cuyos productos necesitan prolijos cuidados para desarrollarse y vivir, esmero constante para prestar servicio, y tacto especial para vencer su desabrido carácter.

Desde el momento en que la muerte de la equitación ha hecho innecesario aquilatar la fácil unión de las fuerzas del caballo, lo cual supone, además de cierta estructura, una combinación especial de rigor con temperamento apacible, peculiar de nuestra raza y en el uso que de ella se hace puede prescindirse de tales requisitos; su poca estimación ha fomentado el nativo abandono de los criadores, que al mismo tiempo luchaban con el aumento de gastos en esta industria, producido por la nueva forma que la propiedad territorial ha tomado en los tiempos modernos. No han pensado en la conveniencia de acomodarla á las necesidades presentes, que, si bien demandan el caballo de silla, exigen quizá mayor lujo en los destinadas á carruaje y reclaman su empleo en la agricultura, la industria y el comercio. Todas estas aplicaciones sobre la base de condiciones generales, que indudablemente hoy poseemos, necesitan aptitudes especiales que se revelan en las formas exteriores fáciles de conseguir por la inteligencia humana al servicio de las influencias de clima y hasta situación topográfica de cada localidad. Propongamos obtener y se encontrarán esas aptitudes especiales, y lleguense aún á buscar cualidades más ó ménos caprichosas, rara vez aplicables á nuestras habituales necesidades. Nada de esto se realizará, ni áun en el pensamiento, mientras el desprecio con que se considera el caballo español no permita á sus productores contar con otro mercado seguro que no sea la remonta del ejército, el cual más bien puede llamarse destructor que consumidor de esta mercancía. Por esto matar las carreras sería siempre un elemento contrario al fomento de la cría caballar española, y en vez de ocasionar aquí la revolución saludable que causaron en su verdadera patria, servirán sólo de comparación desfavorable que aumente nuestro desaliento: un hecho en ellas resalta, y es la supremacía de la raza inglesa en velocidad; pero ese hecho no decide hasta qué punto la velocidad adquirida artificialmente es consecuencia del vigor ó si éste se encuentra más próximo á otras condiciones que ofrece el estado de naturaleza; si aquella velocidad es constante y se manifiesta un día de manera distinta que en el uso diario sometida á la voluntad del hombre; si esa velocidad, en una palabra, es el resumen de todas las buenas condiciones del caballo, y con tal de obtenerla deben despreciarse otras que, á fuerza de estarlas disfrutando á todas horas han llegado á parecer de escasa importancia.

A propósito de las carreras, es oportuno transcribir una anécdota referida por Mr. Hamon, que pasó ocho años en Egipto con el título de primer veterinario de Mehemet-Alí. Dice así:

«Mientras gobernaba el país de Nejd Kourchid-Pachá, se presentaron cierto día unos ingleses dueños de caballos de pura sangre criados en Inglaterra, con la pretensión de correr con los beduinos. Aceptan éstos el partido, pero los ingleses piden un plazo de cuarenta días para preparar sus caballos. Los árabes, que tienen los suyos constantemente dispuestos, no comprenden sean necesarios semejantes preparativos y se burlan de esta condición. Llega al fin el día señalado y los contendientes se presentan en el lugar de la cita. Escoged, dicen los beduinos á los europeos, cuáles de nuestros caballos han de luchar con los

(1) STONEHENGE, *Manual del Sport.*



vuestros, y decidnos cuánto tiempo vamos á correr. Los ingleses se miran asombrados unos á otros y responden que ellos corren, á lo más, una hora. —Entónces los nómadas sueltan una carcajada, exclamando: ¡Y para una apuesta así necesitais cuarenta días de preparacion! ¡Pobre idea nos dais de unos caballos que asegurais descienden de los nuestros! — Tal es, replican los ingleses, la costumbre de nuestra patria; pero ya verémos si os reis cuando nuestros caballos venzan á los vuestros como vencen á todos los del mundo. — Los beduinos se rien de nuevo, hasta que de repente quedan estupefactos mirando dos hombres pequeños, flacos y extenuados que conducen de mano al lugar de la escena dos grandes máquinas movibles, que al fin caen en la cuenta de ser caballos, aunque las mantas que los cubren sólo les dejan al descubierto los ojos. — Los árabes examinan detenidamente aquellos, para su costumbre descomunales animales, y preguntan si son los que van á correr. Al oír la respuesta afirmativa, creen han sido juguete de una burla por parte de los extranjeros: éstos protestan, insisten y con trabajo tranquilizan á los salvajes que, gracias á los consejos de Kourchid-Pachá, consienten, por último, en llevar á cabo la apuesta. La presencia de los hombres tan diminutos que conducen los caballos excita preferentemente la curiosidad de los indígenas, y preguntan á los ingleses en qué parte del mundo se encuentran seres tan extraños. — Estos son *los grooms*, responden los bretones, hombres de nuestro país, pero preparados también por procedimientos que vosotros no conocéis. Entónces llega á su colmo la sorpresa, y á no ser por la intervencion de Kourchid-Pachá, que confirma la afirmacion de los ingleses, hubieran rechazado en absoluto oponer sus hombres y caballos á aquellas criaturas tan extraordinarias. Para concluir, miéntras que el raquíco groom trepa sobre su trasijada montura, un robusto beduino coge su arma favorita, y con toda gravedad se coloca sobre un caballo de comun alzada, que poco ántes estaba retozando al rededor de la tienda de campaña de la familia de su dueño. No sin repugnancia de los ingleses y como término medio de lo que sus contrarios pretendian, se decide por último que la carrera será de tres horas. Dada la señal, los caballos rompen juntos. Durante la primera media hora los nedjis pierden de vista á los europeos; á la segunda, casi los alcanzan; á las dos horas ya los han pasado, y llegan al término señalado mucho ántes que los ingleses. Terminada la carrera, los caballos ingleses se quedan jadeantes, como clavados en la tierra, y los nedjis relinchan con alegría, dan fuertes manotazos y parecen desafiarse de nuevo á sus adversarios. Entónces los hombres del Desierto se acercan á los extranjeros, que afanosos daban friegas á sus caballos, y les preguntan qué se hace en Inglaterra con unos animales que por correr tres horas se quedan inservibles. — Se les *repone*, replican los ingleses. — Y eso, ¿qué quiere decir? — Durante dos ó tres meses los caballos viven en la mayor abundancia y sin trabajar, sueltos en un local aparente, donde disfrutan las mayores comodidades. — Preparar un caballo durante mucho tiempo, abandonarlo despues varios meses, todo esto significa, dicen los árabes, que vuestros caballos sirven á sus amos de bien poco. Al retirarse de allí no dejaban de repetir, ¡Dios nos libre de semejantes costumbres!

Propáguense en buen hora las carreras entre sus aficionados como diversion. Respecto á la mejora de la cría caballar de España, son como las funciones de toros aplicadas al fomento de la raza vacuna, y las riñas de gallos para perfeccionar las aves de corral.

Escrito ya este artículo, llega á mis manos el número 6 de EL CAMPO, con una réplica bien escrita, como acostumbra á hacerlo el Sr. Weil, á los argumentos del M. de la Conquista. No creyéndome autorizado para contestar á nuestro comun adversario, espero que mi amigo continuará la discusion, y por si pudiera por mi parte dar alguna luz en este debate, tomándole bajo otro punto de vista, me decido á publicar estos ligeros apuntes.

EL D. DE VERAGUA.

## ESCENAS ANDALUZAS.

Á MI QUERIDO PRIMO PEPE ROBLES, QUE SI NO FUERA MARQUÉS DE CÚLLAR DE BAZA, SERÍA UN FAMOSO TORERO.

### I.

Junto á la orilla del rio  
Que Bétis la historia llama,  
En una hermosa pradera  
Que de la sierra en la falda  
Se alfombra con florecillas  
Azules, rojas y blancas,  
Que entre la menuda hierba,  
Salpicada por la escarcha,  
Forman con vivos colores  
Esas ramas y guirnaldas  
Que teje la augusta mano,  
Que nadie imita ni iguala;  
Jugando al sol, como juega  
La mariposa en la llama,  
Sé mira un alegre grupo,  
En donde algunas muchachas,  
Ligeras como la espuma,  
Frescas como la alborada,  
Risueñas, como la dicha,  
Bellas, como la esperanza,  
Gritando como unas locas  
Se rien á carcajadas,  
Con esa risa tan dulce,  
Tan juguetona y tan franca  
Que brota, cuando no hay penas,  
A los labios desde el alma...  
Fingiendo las coquetillas  
Huir de los que las llaman,  
Les dejan ver, recogiendo  
Para correr la ancha falda,  
Unos piés... unos juguetes,  
Que casi oculta la enagua,  
Con los cuales, por milagro,  
Nuestras andaluzas andan!...  
Una lleva las mejillas  
Rojas como una granada,  
Y se defiende, arrojando  
Florecillas deshojadas  
Al rostro del que la sigue...  
Otra se hace la enfadada,  
Porque al pasar junto á un árbol,  
Por no chocar en sus ramas,  
Quiso desviar su camino,  
Y al volverse descuidada,  
Halló á su galan tan cerca...  
Tan cerca, que la muchacha  
Sintió un aliento ardoroso  
Rozar su frente de nácar,  
Y dudando si fué un beso  
O una ardiente llamarada  
De algun incendio invisible,  
Mira al árbol, tiembla y calla...  
¡Que el amor es como el vino,  
La primera copa embriaga!...  
Otra, fingiendo que rie,  
Oculta que está enojada,  
Porque aquel jóven, aquel  
Que la jura que la ama,  
Cogió una flor... y el ingrato  
La regaló á otra muchacha,  
Que la lleva en el cabello  
Muy contenta y muy ufana,  
¡Pues no hay mujer que no goce  
En sentir á otra humillada!...  
Otra, la linda cabeza  
Avergonzadita baja,  
Y es tembloroso su acento,  
Vaga y dulce la mirada,  
Porque murmuró á su oído  
Un jóven una palabra...  
Y aún parece que la escucha...  
Que vibra distinta y clara...  
¡Y es que hay ecos que esas voces  
Repercuten en el alma!...  
Otras, al bordo del rio  
Se inclinan á beber agua...  
De sus manos hacen copas...  
¡Dulces copas delicadas,  
Do sus amigos en vano  
Piden beber!... Otra pasa  
Luciendo el talle de avispa  
Y haciéndose la romántica,  
Que, aunque es en Andalucía  
El romanticismo planta  
Exótica, suele hallarse,  
Aunque, por suerte, es muy rara,  
Alguna con el mal gusto  
De resucitar fantasmas,  
Hacerse la interesante,  
Y la nerviosa y la pálida...  
¡Aquí!... Bajo un sol de fuego,  
Que rosas siembra en la cara  
De las niñas andaluzas,  
Como la aurora rosadas;  
Sencillas, como su cielo  
Es transparente, y galanas  
Como los campos floridos  
De sus nativas comarcas!...

### II.

En otro grupo más serio,  
Graves las mamás preparan  
Un almuerzo de fiambres,

Que en sendas cestas se guardan;  
Tienden el mantel nevado  
Sobre la hierba, bordada  
Con las gotas del rocío,  
Pues empieza la mañana,  
Y el sol aún no tuvo tiempo  
De beberlas y secarlas.  
¡Y ahora vemos que la historia  
Va sin fecha!... ¡Y bien!... Se trata  
De una mañana de Mayo  
En un año... que es de gracia!...  
¡Dejando en blanco la fecha,  
Cada cual puede llenarla  
A su gusto!... ¡Y quién no tiene  
Allá en el fondo del alma,  
Con el cincel del recuerdo  
Una memoria grabada,  
Dulce imágen de esos días  
Que se deslizan, que pasan  
Como un algodón suave  
Sobre la vital pizarra,  
Borrando cifras de duda,  
De llanto secando manchas?...  
¡Dejando en blanco la fecha,  
La historia será más grata,  
Que el lector á sus recuerdos  
Podrá, sin duda, asociarla!...  
Decíamos que el almuerzo  
Las matronas preparaban,  
Ordenando en los manteles  
Las sabrosas vituallas,  
Y la ancha bota, que oronda  
Lucia su grave panza,  
Llena de vino, del néctar  
Que nuestras viñas regalan.  
Y aquí una advertencia os debo:  
Estas gentes campechanas,  
A los que llamo paisanos  
Con el corazón y el alma,  
Comen y beben los frutos  
Y los vinos de su patria...  
No gustan de esos primores  
Que, con etiquetas falsas,  
Nos cuestan mucho dinero  
Y nos dan cosas muy malas...  
Tienen razon: ¡que se puede  
Muy bien comer en España  
Sin los extranjeros vinos,  
Sin frutas americanas,  
Sin las pasadas conservas  
Y sin las costosas pastas!...  
Ved del almuerzo el *menu*,  
Si aquí sobra la palabra,  
Y decidme qué os parece:  
Lomo; espárragos con magras;  
Longaniza; pollo asado,  
Y tortilla con patatas,  
Como la luna redonda,  
Y como la mar salada!...  
¡Nuestras ricas aceitunas  
Y nuestras dulces naranjas,  
Con los rojos embuchados  
Y el salchichon hecho en casa!  
*Item más*: ¡unos rosquillos,  
Pastel y almendras tostadas!...  
¡Hallais el almuerzo bueno?...  
Pues ved: junto á las viandas  
Algo ponen, que es la vida  
De estas fiestas: ¡la guitarra,  
Que tañen los andaluces  
Con tal arte, con tal gracia,  
Que despues que se les oye,  
Toda otra música enfada!...  
¡Y si á las cuerdas se une  
La voz que *playeras* canta,  
Como esos ecos resuenan  
En lo más hondo del alma,  
Aunque pase mucho tiempo,  
Ni se pierden, ni se apagan!...

### III.

Cuando todo está dispuesto,  
A los jóvenes se llama...  
Acude á vuelo tendido  
Aquella hermosa bandada  
De palomas campesinas  
De ojos negros, frentes blancas,  
Y brillantes cabelleras  
Como las ondas rizadas...  
Se sientan de cualquier modo,  
Cabe el mantel... comen, charlan  
Y rien!... Suelen hablarse  
Quedito... cual si intentáran  
Combinar alguna burla...  
Que estas cosas siempre pasan  
Como una broma inocente  
En la tierra de la *guasa*,  
Y al verlas con indolencia  
En la hierba recostadas,  
Un viejo, más erudito  
Que oportuno, recordaba  
Que recostados comian  
En lechos de seda y plata  
Aquellos emperadores  
Que del mundo en la mañana  
Disolvian, cual sus perlas,  
Con sus locuras su patria...  
Y aunque ocultaban la risa,  
Por respeto, las muchachas  
Le escuchaban, como escucha  
Un niño un cuento de hadas,  
Pues ni de Roma sabian,

Ni de historia se ocupaban,  
Y lo de perlas desechas  
Lo tomaban por patraña,  
Que si las perlas se crían  
Para adornar las gargantas  
De las mujeres hermosas  
Que con ellas se engalanan,  
Dudan que existiera una  
Que, para hacer una salsa,  
Las sirviera en un banquete,  
Como si fueran mostaza...  
Y es que estas niñas no saben  
Que la vanidad arrastra...  
Y que disuelve el orgullo,  
No ya las perlas, el alma...

## IV.

Cuando más entusiasmado  
El viejo lo comentaba,  
Se oyó un grito... después otro,  
Después veinte!... Que gritaban  
Todos á la vez de miedo...  
Y ¡por Dios, con justa causa!...  
¡Qué confusión! ¡Qué alboroto!...  
¡Cuál ruedan las virtuales!  
Entre el mantel y la hierba!...  
¡Cómo corren las muchachas,  
Cual gacelas perseguidas!...  
¡Y las mamás asustadas,  
Como les pesan los años,  
Se esconden entre las ramas  
De los árboles!... Los hombres  
Con grandes voces las llaman,  
Y se rien de su miedo,  
Y se burlan de sus ansias...  
Y ellas... al fin andaluzas,  
Es decir, fuertes y bravas,  
Porque tienen en sus venas  
Algo de sangre africana,  
Y ante el valor se commueven,  
Y ante el peligro se inflaman,  
Van volviendo lentamente  
Al lugar que abandonaban,  
Y ante la graciosa escena  
Que en el valle se prepara,  
Como son impresionables  
Nuestras niñas, y entusiastas,  
Parece que están dispuestas  
A prorumpir en palmadas.

## V.

¡No sé si era de Miura,  
De Fontecilla, ó de raza  
Ménos noble... aunque estas sierras  
Encierran la aristocracia  
De las cornudas familias  
Cuyo blason en las plazas  
Suele brillar!... ¡Ni si era  
Corni-veleto, y de escasas  
O muchas libras, el toro  
Que por el valle asomaba!...  
Segun refieren las niñas,  
Era negro, buena estampa,  
Piés ligeros, y movable  
Cola, que inquieto agitaba;  
Y unos ojos y unos cuernos...  
¡Que daban de correr ganas!...  
En una pequeña loma  
Se detuvo... la mirada  
Fijó en el grupo de hombres  
Que valientes se llamaban...  
Olió y escarbó la tierra...  
Levantó con arrogancia  
La poderosa cabeza,  
Tan fuertemente adornada...  
Dejó escapar un mugido,  
Como un clarín que avisara  
Que iba á empezar el combate...  
Y cual flecha disparada,  
Partió hácia los andaluces,  
Los cuales, sin otras armas  
Para vencer en la lucha  
Que su destreza y su gracia,  
Le esperaban muy tranquilos,  
Teniendo, á guisa de capas,  
Los abrigos de las niñas  
De listas rojas y blancas;  
Los bastones por muletas,  
Y las sombrillas por varas.

## VI.

Arremetió con empuje  
Hácia la primera capa,  
La cual se agitó ligera,  
Flotó cual nube encarnada  
Ante los ojos del toro,  
Que, ciego, mugió de rabia...  
Los trapos de mil colores  
Al bicho más excitaban,  
Y cuando se revolvió  
Con la cabeza inclinada  
Para herir... en vez del bulto,  
Un pañuelo se encontraba;  
Burlado, retrocedía...  
Y con espumas de rabia,  
Y con los ojos sangrientos,  
Acometer intentaba...  
¡Pero con tal ligereza  
Le huían, con tanta gracia,  
Con tal aplomo y soltura

A su paso le burlaban,  
Que no hiciera más Frascuelo  
Con la muleta y la espada!...  
Y era tanto el alboroto  
De silbidos y palmadas,  
De risas, gritos y voces  
Que á la fiera provocaban,  
Que aturdido el animal  
Con la infernal algazara,  
Debió pensar,—si es que piensan  
Los toros, como afirmaba  
Pitágoras hace tiempo;—  
Que no vale gustar chanzas  
Con gentes, que no de un toro,  
Del diablo no se asustarán...  
Y tomando su partido,  
Su partida es la palabra,  
Comenzó á retroceder  
Con la cabeza inclinada,  
Mirando á sus adversarios,  
Como si los despreciara...  
Y al llegar á un montecillo  
Se dió á correr con tal gana,  
Que echó á rodar al vaquero  
Que á caballo le buscaba,  
El cual maldijo, rodando,  
Del gitano y de su casta,  
Y hasta de los señoritos,  
Que con sendas carcajadas  
Aplaudían, desde léjos,  
De aquella suerte la gracia!

## VII.

Siguió el almuerzo y la bulla;  
Templó un mozo la guitarra,  
Y una garbosa morena  
Cantó con voz dulce y clara:  
«Un sabio me dijo un día,  
Que el ser salada la mar,  
Es porque de Andalucía  
La tierra viene á besar...»

PATROCINIO DE BIEDMA.

## RIÑAS DE GALLOS.

Para muchos no será nuevo nada de lo que voy á decir; pero como mi objeto es sólo dar á mis lectores algunas ligeras ideas sobre esta diversion, no creo muy arriesgado contar desde luego con su benevolencia.

La afición de que me ocupo se halla muy generalizada en España, pues apenas hay provincia donde no sea conocida, sobre todo en las meridionales, en las que la afición á las riñas de gallos es tan comun, que la toman como principal diversion los labradores y gente terne. Principalmente en Andalucía es donde hay verdadero entusiasmo por esta clase de distracciones.

Las costumbres de los Refñideros y las reglas que en ellos se siguen son muy variadas, segun la localidad. En Andalucía generalmente se organizan los propietarios de estas aves en dos partidos, cada uno de los cuales elige un juez, que son los árbitros de toda cuestion, los que resuelven sin apelacion, aunque se sujeten para dar su fallo á las reglas de antemano escritas y coleccionadas en un reglamento que tiene fuerza de ley, y que igualmente obliga á galleros y apostadores.

Ocorre, no con poca frecuencia, por desgracia, que los jueces no están acordes, en cuyo caso se asesoran de un tercero, cuya decision es ejecutiva.

Preferible es el sistema seguido en Madrid, donde los aficionados todos eligen un Presidente, el cual decide las diferentes cuestiones que surgen, aunque sujetándose siempre á lo que para cada caso previene el Reglamento, con gran minuciosidad redactado.

La época de començar estas luchas varía segun los climas, pues que de las condiciones climatológicas depende que los gallos den con más rapidez la rueda y tomen celo, condicion indispensable para la lid.

Cuando el gallero estima que su bicho está convenientemente preparado, acude lleno de entusiasmo al Refñidero, y en éste, despues de pesado, hace anotar su gallo en la lista de los inscritos para las peleas, á fin de que el Presidente, por riguroso turno, y segun las condiciones de cada animal, le busque pareja. El Presidente atiende, en primer lugar, al número que el gallero ocupa en la lista del día; despues, al peso del gallo, y finalmente á la cantidad por sus dueños apostada. Tienen preferencia para refñir las quimeras *emplazadas*, cuyas condiciones están de antemano estipuladas por los dueños, y son independientes de la voluntad de los demas galleros, limitándose el Presidente á ponerlas en conocimiento de los aficionados ántes de soltar los gallos en el circo, y desde aquel momento entran bajo su jurisdiccion. Tiénesse por pelea formal toda quimera despues de acometerse los gallos por tres veces. Son tan variadas las peripecias que suelen ocurrir en cada riña, que creo absolutamente imposible dar una idea exacta de cada *arte de quimera*.

Cuando los bichos son de buena raza desplagan tal habilidad en la lucha, y sobre todo tal bravura, que apenas es concebible, tratándose de un animal pequeño y tan doméstico. La muerte suele ser no pocas veces el término de las quimeras.

No he de extenderme, al ménos por ahora, en las diferentes consideraciones que sobre razas, cría y distintos métodos de preparar y curar pueden hacerse, porque, segun mis noticias, distinguidos aficionados lo han de hacer en breve. Cúmpleme sólo, para terminar, hacer constar que esta diversion no escasa de utilidad bien entendida, se halla hoy en gran decadencia en esta Côte. Han sobresalido en esta afición: los generales Narvaez y Ros de Olano, los señores Del Pulgar, Guerrero de Córdoba, Lora, Marqueses de

Cabra y de San Miguel das Penas, Conde de Villanueva, Ortega Menendez, Vega, Dubos, Bartolo, el Cabrero, el Ches, Pablito, Muñoz, Mariano, Cabello y Juan Antonio en Madrid; en Andalucía los Condes de Monte-Real y Gracia-Real, los Marqueses de Ontiveros y del Contadero, Puerta, Rojas Montané, Muñoz Cobos, y los diestros Tato, Currito, Bocanegra, Chicorro, Lagartijo, Onofre, los Calderones, los Polcos y otros muchos. Son dignos de mencion los gallos Guaraguao, La Torta, Patas Amarillas y Cola Verde, en la Côte; en Andalucía, Pies de Plata, la Pava, Narices, Boqueta, Novaliches, Frascuelo y el Antequerano, que en distintos refñideros sostuvieron con gran gloria la pujanza de su raza.

A. JIMENEZ P. DE VARGAS.

## BIBLIOGRAFÍA.

Investigaciones sobre la Montería y los demas ejercicios del cazador, por D. Miguel Lafuente Alcántara, reimpresas con una Introducción por el Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Madrid: Imprenta de T. Fortanet, calle de la Libertad, 29, 1877.—LXV-144 páginas.

Los antiguos libros españoles referentes al arte de la caza alcanzan todos valor por su rareza, y son muchos de ellos obras de verdadero mérito por su estilo y erudicion. La empresa de reimprimir los considerados clásicos y dar á conocer algunos todavía inéditos, satisfaciendo los deseos, así del aficionado al ejercicio de aquella diversion como de los amantes de las joyas de nuestra buena época literaria, ofrece serias dificultades, pues para llevarla á cabo felizmente es indispensable reunir aficiones cinegéticas, conocimiento de los hablistas del siglo de oro de nuestra literatura, y una especial preparacion, adquirida por medio del detenido estudio de la bibliografía de este ramo, poco conocido, á pesar de haber sido siempre esta diversion favorita de reyes y magnates.

Tales peculiares circunstancias concurren en D. José Gutierrez de la Vega, nombre tan conocido en el campo de la política como en la república de las letras, y quien, respondiendo á ingénitas aficiones, aprovecha sus especiales conocimientos en la materia y se propone publicar una completa *Biblioteca Venatoria*. Ya han dado comienzo sus trabajos con la reimpresion del castizo y erudito discurso del malogrado Lafuente Alcántara, cuyo título figura á la cabeza de estas líneas, trabajos de antiguo apreciados; y esta reimpresion, elegantemente hecha por Fortanet, va enriquecida de un prólogo, debido al Sr. Gutierrez de la Vega, y que, por cierto, demuestra en su artificio y construcción esmerada que la pluma á que se debe es digna de recordar y encarecer los méritos de los insignes hablistas D. Alonso X, Avendaño y Moratin, el erudito Argote de Molina, los entendidos cazadores Martínez de Espinar y Mateos, el cronista Lopez de Ayala, y tantos otros que nos han dejado preciados monumentos, harto desconocidos para desgracia de las letras castellanas. Esperamos, pues, con impaciencia que dé comienzo la publicacion de la *Biblioteca Venatoria*, que, segun nuestras noticias, habrá de empezar por el *Libro de Montería* de Alonso el Sabio, publicado por el célebre Argote de Molina; y por cierto que, al hacer esta publicacion el Sr. Gutierrez de la Vega, que viene preparando su trabajo hace tiempo, habrá de restablecer el texto primitivo, alterado por Argote, y tendrá muy en cuenta las eruditas notas de Llaguno y los importantes comentarios que existen en alguna Biblioteca extranjera.

## NOTICIAS GENERALES.

El domingo 25 del corriente la Sociedad de Caza de Madrid tomó posesion del Monte de Bobadilla, arrendado últimamente por dicha Sociedad para cazar á pié y á caballo.

En el palacio de dicho Monte tuvo lugar un almuerzo espléndido.

Dicho palacio, construido en tiempo de Carlos III, y perteneciente hoy á la Condesa de Chinchon, es notable bajo todos conceptos, tanto por su bella arquitectura como por sus vastas proporciones.

En la planta baja se verificó el almuerzo, asistiendo veintidos personas entre socios y socias.

Despues del almuerzo se cazó á pié y á caballo, corriendo los que cazaron á caballo, con los perros de la Sociedad, magnífica jauría de treinta hermosos animales, una cierva, que fué á morir cerca de la Casa de Campo, es decir, á dos leguas del Monte, durando la carrera cerca de hora y cuarto.

Los que cazaron á pié mataron á ojeo muchísimos conejos y perdices.

Entre los varios trenes en los cuales los socios fueron al palacio de Bobadilla, se distinguieron los dos carruajes á la posta de los Duques de Fernan-Núñez y Tamames, el primero á cuatro caballos y el segundo á dos, notables por su elegancia y buen gusto.

El tiempo, hermosísimo, hizo muy agradable la cacería. Asistieron el Duque de Medina-Sidonia, Marqués de la Romana, Duques de Fernan-Núñez é hijos, Marqués de Larios y su hermano D. Martín, Duque de Alba, Conde de Tendilla, Vizconde de Bahía-Honda y señora, Duque de la Union de Cuba, Vizconde de Benaesa, Condes de Peña-Ramiro, D. Antonio Campuzano, Duque de Tamames, Marqués de Casa-Irujo, y los Sres. Carton y Merval.

Las Amazonas que siguieron la caza á caballo fueron las Sras. Condesa de Peña-Ramiro y Vizcondesa de Bahía-Honda.

Con la adquisicion del Monte de Bobadilla, la Sociedad de Caza de Madrid se propone inaugurar el año próximo brillantes cacerías, tanto á caballo como á escopeta, fomentando en todo lo posible dicha diversion, justificando con esto el título que lleva y la notoria fama de que disfruta.

El líneas último se efectuó en el Coto de la Flamenca del Sr. Duque de Fernan-Núñez la última cacería de la presen-



mezclada con mantillo, en tiestos de 16 centímetros de diámetro, poco riego, y enterrarlos en lugar algo sombrío; si no se puede disponer de jardín, pueden enterrarse en cajones grandes bien dispuestos. Estas matas florecerán en el año. En cuanto dan los primeros botones, deberán sacarse los tiestos de la tierra y ponerse al Norte ó á Levante.

**TIRO DE PICHON DE MADRID.**

15 DE FEBRERO DE 1877.

Con motivo de las fiestas del Carnaval, la tirada ordinaria que se debía haber verificado el lunes 12 del actual ha sido trasladada al día de hoy, dando principio á las tres de la tarde y verificándose las cinco piñas siguientes:

- 1.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 9 tiradores; ganada por el Sr. Marqués de Casa-Ramos, que mató 7 pájaros de 10, á 27 metros.
- 2.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 9 tiradores; la ganó el Sr. Duque de Huéscar, matando 6 pájaros de 8, á 30 metros.
- 3.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 13 tiradores; la ganó D. Carlos Quiros, matando 3 pájaros de 3, á 21 metros.
- 4.<sup>a</sup> *Piña*.—Á 25 metros: en 3 pichones, 10 tiradores; ganada por el Sr. Marqués de Casa-Ramos, que mató 4 pájaros de 6.
- 5.<sup>a</sup> *Piña*.—Á 20 metros: en un pichon, 11 tiradores; ganada por el Sr. Duque de Huéscar, que mató 3 pájaros de 3.

Tomaron parte en estas diversas piñas los Sres. Duques de Alba, de Tamames, Marqués de Camposagrado, D. Federico Luque, D. Juan Muguero, D. Fernando y D. Antonio Soriano, D. Manuel de la Calzada, D. Scipion Morillo, D. Gaspar Errazu, D. Juan Ortega y Mr. Phipps, terminando la tirada á las seis y media de la tarde.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 17 DE FEBRERO DE 1877.

Á las tres de la tarde, y con un viento sumamente fuerte y desagradable, lo cual hacía que los pájaros saliesen con una velocidad desacombrada, siendo mucho más difíciles los tiros que de ordinario, dió principio la tirada, verificándose las tres piñas siguientes:

- 1.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 8 tiradores; ganada por el Sr. Duque de Huéscar, que mató 3 pájaros de 5, á 30 metros.

2.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 10 pichones, 12 tiradores, la ganó el Sr. Duque de Huéscar, matando 7 pájaros de 15 á 30 metros.

3.<sup>a</sup> *Piña*.—Á 20 metros: en un pichon, 8 tiradores; la ganó D. Carlos Quiros, que mató dos pájaros de 2.

Tomaron parte en estas piñas, además de los señores citados, los Sres. Duque de Tamames, Conde de Gomar, Marqués de Camposagrado, Soriano (D. Fernando), Luque, Muguero, Marqués de Casa-Ramos, Calzada, Morillo (don Scipion) y Mr. Phipps.

La tirada terminó á las seis y cuarto.

26 DE FEBRERO DE 1877.

Á las tres de la tarde dió principio la tirada ordinaria correspondiente al día de hoy, verificándose las cinco piñas siguientes:

- 1.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 13 tiradores; ganada por el Sr. Conde de Gomar, que mató 5 pájaros de 7, á 25 metros.
- 2.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 10 pichones, 13 tiradores; la ganó el Sr. Duque de Tamames, matando 7 pájaros de 9, á 26 metros.
- 3.<sup>a</sup> *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 7 tiradores; la ganó D. Manuel de la Calzada, matando 3 pájaros de 3, á 27 metros.
- 4.<sup>a</sup> *Piña*.—Á 20 metros: en 2 pichones, 5 tiradores; ganada tambien por D. Manuel de la Calzada, que mató 2 pájaros de 2.
- 5.<sup>a</sup> *Piña*.—Á 20 metros: en un pichon, 5 tiradores; la partieron el Sr. Marqués de Casa-Ramos y D. Manuel de la Calzada, habiendo muerto ambos 2 pájaros de 4.

Tomaron parte en estas piñas, además de los señores citados, el Duque de Huéscar, D. Federico Luque, D. Rodrigo, D. Fernando y D. Antonio Soriano, D. Scipion Morillo, D. Faustino Udaeta, el Conde de Montebello, Mr. Phipps, D. José Armero, D. Gaspar Errazu y el Marqués de Laros, terminando la tirada á las seis y media de la tarde.

AVELINO.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14,50 á 15 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 38 á 41 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 18 á 20 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 peseta. El trigo, de 11,89 á 11,95 fanega. Y la cebada, de 5,50 á 5,78 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion de los cuadrados del número anterior.

I.

C e s a r  
e g i r a  
s i l l o n  
a r o m a  
r a n a s

II.

A y a l a  
y e m e n  
a m b o s  
l e o n a  
a n s a r

Para dar la solucion en el próximo número.

I.

- 1.<sup>a</sup> Ingenioso y fecundo escritor francés.
- 2.<sup>a</sup> Dios antiquísimo.
- 3.<sup>a</sup> Facultad del alma.
- 4.<sup>a</sup> Nombre de mujer.
- 5.<sup>a</sup> Accion por la cual muchos cuerpos hieren ó tocan uno de los cinco sentidos.

II.

- 1.<sup>a</sup> Gran capital.
- 2.<sup>a</sup> Instrumento primitivo y utilísimo.
- 3.<sup>a</sup> Algo que tienen las plantas.
- 4.<sup>a</sup> Lo que sin razon se adora.
- 5.<sup>a</sup> Lo que son muchos pollos.

PROPIETARIOS.

D. J. Luis Albareda.—D. Abelardo de Carlos.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.<sup>a</sup> (sucesores de Rivadomeyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

**ANUNCIOS.**

**FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y Á ALICANTE.**

SERVICIO DE TRENES.

Líneas de Alicante, Valencia y Cartagena.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida. . .	7.00 m.	9.00 m.	6.30 t.	7.50 n.
Toledo, llegada. . .	10.15 m.	»	9.45 n.	»
Alicante, llegada. . .	»	5.25 m.	»	10.45 m.
Valencia, llegada. . .	»	8.40 m.	»	11.29 m.
Cartagena, llegada. .	»	9.00 m.	»	1.35 t.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Cartagena, salida. . .	»	4.30 t.	»	12.45 t.
Valencia, salida. . .	»	5.30 t.	»	2.55 t.
Alicante, salida. . .	»	8.20 n.	»	4.20 t.
Toledo, salida. . . .	7.12 m.	»	5.00 t.	»
Madrid, llegada. . .	10.27 m.	6.15 t.	8.40 n.	8.30 m.

Líneas de Andalucía, Extremadura y Portugal.

	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida. . . . .	7.00 m.	9.00 n.
Córdoba, llegada. . . . .	2.33 n.	12.41 t.
Granada, llegada. . . . .	4.00 t.	10.39 n.
Málaga, llegada. . . . .	11.44 m.	8.30 n.
Sevilla, llegada. . . . .	8.35 m.	5.48 t.
Cádiz. . . . .	»	10.30 n.
Ciudad-Real, llegada. . . . .	5.28 t.	6.04 m.
Badajoz, llegada. . . . .	11.10 m.	5.33 t.
Lisboa, llegada. . . . .	»	5.35 m.

	MIXTO.	CORREO.
Lisboa, salida. . . . .	»	8.00 n.
Badajoz, salida. . . . .	3.30 t.	8.15 m.
Ciudad-Real, salida. . . . .	10.05 m.	8.45 n.
Cádiz, salida. . . . .	»	5.15 m.
Sevilla, salida. . . . .	6.25 t.	10.00 m.
Málaga, salida. . . . .	4.00 t.	7.15 m.
Granada, salida. . . . .	11.30 m.	5.00 m.
Córdoba, salida. . . . .	12.50 n.	2.23 t.
Madrid, llegada. . . . .	8.40 n.	6.05 m.

Líneas de Zaragoza, Barcelona, Navarra y Bilbao hasta Logroño.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida. . .	7.05 m.	11.00 m.	4.35 t.	7.45 n.
Guadalajara, llegada. .	9.20 m.	1.10 t.	6.45 t.	9.23 n.
Zaragoza, llegada. . .	8.45 n.	»	»	6.10 m.
Barcelona, llegada. . .	»	Domingos	»	8.00 n.
Pamplona, llegada. . .	»	y días	»	12.41 t.
Logroño, lleg. da. . .	»	festivos.	»	10.45 n.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Logroño, salida. . . .	»	»	Domingos	4.28 t.
Pamplona, salida. . .	»	»	y días	2.00 t.
Barcelona, salida. . .	»	»	festivos.	7.00 m.
Zaragoza, salida. . .	6.50 m.	»	»	9.25 n.
Guadalajara, salida. .	7.54 n.	7.40 m.	5.10 t.	6.35 m.
Madrid, llegada. . .	10.04 n.	9.55 n.	7.25 n.	8.26 m.

La m, significa mañana; la t, tarde y la n, noche.

Los trenes correos sólo llevan, por regla general, coches de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> clase: los mixtos llevan coches de 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> clase.



VAPORES-CORREOS

A. LOPEZ Y COMPAÑÍA, PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Las salidas serán las siguientes: De Cádiz los días 10 y 30 para Puerto-Rico y Habana.—De Santander el día 20 para idem, tocando en Coruña.—De Coruña el día 21 para Puerto-Rico y Habana.—De Habana los días 5 y 25 para Cádiz.—De idem el día 15 para Coruña y Santander.—Más informes de los agentes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Santander, Angel B. Perez y compañía.—Coruña, E. de Guardia.—Valencia, Dart y compañía.—Alicante, Faez hermanos y compañía.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

Se vende el caballo

**LUCERO,**

Entero, tordo oscuro, con ocho años, y ocho dedos de alzada, de magnífica estampa, anglo-árabe-español, de la ganadería del Excmo. señor Marqués del Saltillo sin resabio y en perfecta condicion. Ganador de más de cuarenta premios de carreras, llevando en algunas hasta ocho arrobas y diez y seis libras de peso. Reune las condiciones de semental de primera clase. Su precio: 5.000 duros. Dirigirse á su dueño, R. E. Davies. Jerez de la Frontera.

**ARMAS Y EFECTOS DE CAZA.** ALCALÁ, 5, MADRID.

Especialidad en cartuchos de todos los calibres para escopetas centrales y Lefauchaux.